

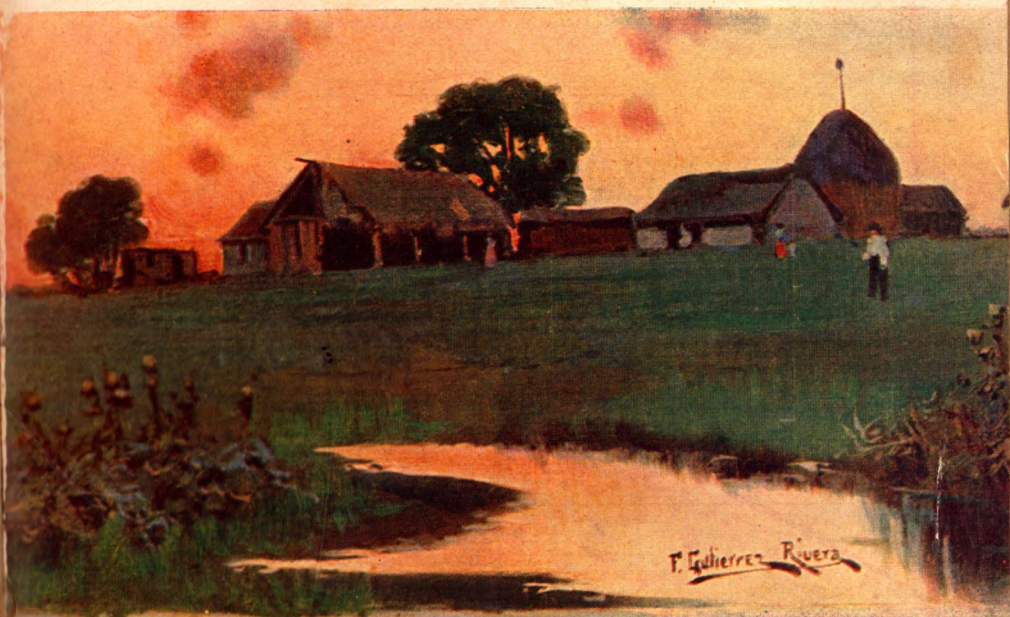
APOLO

AÑO III

NÚMERO 11

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

• • • DE PÉREZ Y CURIS • • •



ESTANCIA URUGUAYA (Cuadro de F. Gutierrez Rivera)

MONTEVIDEO •
BUENOS AIRES

Enero de 1908

Farmacia *

* Barabino

Productos químicos — Especialidades Farmacéuticas
Aguas Minerales — Perfumerías — Medicamentos antisépticos
Preparaciones esterilizadas

Avenida 18 de Julio, 328

TELÉFONO: LAS DOS COMPAÑÍAS

MONTEVIDEO.

Laguardia

= Hnos. =

Cirujanos = Dentistas



↪ Premiadados en la Exposición ↪

Internacional de Higiene de 1907

Extracción de dientes sin dolor.

Nuevos sistemas para la confección
de dientes artificiales. Obtura-
ciones de oro, platina y porcelana.



Avenida

18 de Julio, 392

Entre Yí y Yaguarón

MONTEVIDEO

Librería y Papelería

"La Aurora"

DE

Emilio A. Osorio



ARTÍCULOS
DE ESCRITORIO,
POSTALES, IMPRESIONES
DE TODAS CLASES,
LIBROS, ETC.

Avenida

Gr^{al} Rondeu, 251

MONTEVIDEO

Instalaciones eléctricas

DE

Piñeyrúa y C.^a

Tenemos el agrado de poner en conocimiento del público que hemos establecido una casa para instalaciones eléctricas en la calle Uruguay número 182A

Los materiales que emplearemos serán de la mejor calidad, y como contamos con un personal técnico de reconocida competencia, podemos garantizar la bondad de nuestros trabajos.

Instalaciones particulares é industriales

PIÑEYRÚA Y C.^A

Teléfono: «La Uruguaya», 515 — (Central)

¡ATENCIÓN!

Casa importadora

DE

MUEBLES

y TAPICES

Grande y completo surtido de juegos para dormitorios, salones, comedores, escritorios y vestíbulos, los que vendemos con un 25 % más barato que en otra casa.

Vengan y se convencerán

Avenida 18 de Julio número 245

Entre Río Negro y Avenida de la Paz

MONTEVIDEO

Ricardo Taboada.

APOLLO 25



Precio de este número:

Edición económica . . . \$ 0 20

» de lujo . . . » 0.25



ADMINISTRADOR:

LUIS PEREZ

(EJIDO. 190)



La correspondencia literaria á

PEREZ Y CURIS

MONTEVIDEO

(URUGUAY)



Y LA ELECTRO-TECNICA-URUGUAYA

Cioffi, Regusei y Voulminot

Empresa de instalaciones eléctricas

Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 11.

Montevideo — Buenos Aires, Enero de 1908.

“Apolo” en 1908

67.580



PÉREZ Y CURIS — Director - Redactor

sacrificios y de inenarrable lucha en un ambiente inintelectual, y, por lo tanto, hostil al desarrollo de la cultura artístico-literaria, podemos decir en voz alta y sin ninguna clase de circunloquios que APOLO se ha impuesto á pesar de los enormes obstáculos que obstruían su camino desde la aparición del primer número correspondiente á Enero-Febrero de 1906. Porque no es sólo la indiferencia del público cuyo senti-

Ha llegado APOLO al tercer año de vida, caso extraño aquí, donde surgieron en los dos últimos lustros numerosas revistas y al cabo de algunos meses murieron de consunción, completamente arrolladas por esa vorágine de papel impreso que en forma de periódicos más ó menos voluminosos y repletos de un material basto y estéril, parece halagar los ojos de los lectores.

Después de dos años de



P. LÓPEZ CAMPAÑA — Redactor





OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS — Secretario
de Redacción

miento artístico, si lo tiene, muy poco intenso es aún, sino la guerra sorda y mezquina de muchos emuladores y de ciertos *intelectuales* que alardean de maestros, lo que abrevia la vida de nuestras publicaciones. Estas, como cualquier escritor ó artista en su período de evolución, tienen sus turiferarios, es verdad, pero también, y en número superior, sus detractores baratos. De ahí que sea un verdadero triunfo cuando logran imponerse.

Y APOLO lo ha conseguido. Los más selectos escritores de Europa y de la América Latina colaboran en él (esto no es fanfarronería; podemos demostrarlo con el archivo de originales que existe en esta redacción); y el canje que á diario recibimos es tan vasto como riquísimo.

¿Qué importa que algunos por envidia ó por rivalidad nieguen la importancia de APOLO? Eso no nos incomoda. El seguirá su marcha ascensional magister la guerra que se le ha declarado en aquellos círculos de usurpada reputación, en que la alabanza es mutua y convencional.

Convencidos de la imposibilidad de sacarlo quincenalmente como era nuestro deseo, optamos, hace ya cinco meses, por hacer de él una publicación mensual con fecha determinada, cosa que antes no tenía, y muy pronto obtuvimos un éxito literario que repercutió en el exterior con más intensidad que aquí.

APOLO seguirá, pues,

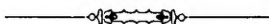


JUAN PICÓN OLAONDO — Del cuerpo
de redacción

apareciendo mensualmente, fustigando á los histriones que llámanse gobernantes, á los *críticos*, que son, al decir del poeta Montesquiou, «des pères putatifs de lettres», y mejorando poco á poco su programa ya que es la *única revista* de su índole que se publica en Uruguay y Argentina, y ha alcanzado lo que ninguna otra hasta la fecha; esto es: salvarse durante dos años del naufragio á que están condenadas todas las de su jaez, y contar con un cuerpo de redactores formado por los más conspicuos escritores hispano-americanos.

Enero 1.º de 1908.

LA DIRECCIÓN.



Su faccia al mare

Para APOLO.

Vanno le paranzelle in alto mare,
Liccome vanno le speranze e i sogni
Nell'infinito, levate sull'onda
Glaucæ profunda.

Passano a volo rapidi saettando,
Tutt'attorno alle bianche vele gl'albatri,
Come note di gaia melodia
Fuggenti via.

E' come il fremito dell'arpa d'oro
D'una fata, dilunga sulla riva.
Il romper dolce sulla ghiaia bianca
Dell'onda stanca.

Oh mare, oh mare il tuo mister profondo
Nessuno ancor l'ha disvelato intero!
O grande mar che nelle notti belle
Specchi le stelle.

Come il mistero di due occhi azzurri,
O mare risonante, é il tuo mistero;
Tu all'orizzonte entro d'un salso velo
Raggiungi il cielo.

Vanno le vele bianche a coppia unite,
Come anime sorelle in ver la luce;
Vanno done col fiato il cielo indora
La nuova aurora.

DONATO BRUNO.

De mi locura...

« El Silfo »

ECO-ESPÍRITU ELEMENTAL DEL AIRE. SÉR FANTÁSTICO

Para Apolo.

El Silfo en la sombra
Hablando muy quedo,
Me dijo con blando,
Suavísimo acento :

« Desde orillas del claro Céfiso,
Donde tengo invisible aposento
Y donde alzo el murmullo suave
De su linfa en alas del Céfito,
Para ver lo que guarda tu mente
Y poder divulgar tu secreto,
Como hijo del Aire y la Tierra
He venido hasta aquí : Soy el Eco.

Cuando vibren las células grises
Que en su casco contiene tu encéfalo,
Agitada su masa nerviosa
Por un pensamiento,
Yo podré repetir golpéando
En tu cráneo qué sientes adentro,
Difundir en mis ondas sonoras
Lo que oculta tu duro cerebro,
Y llegar hasta el fondo de tu alma
Por saber si hay en ella un misterio ».

Y yo respondíle
Al Silfo indiscreto,
Que en torno volaba
De mi duro encéfalo :

« Nunca, nunca sabrás golpéando
En mi cráneo, qué llevo aquí dentro :
Ya no vibra la masa nerviosa
Que en su casco contiene mi encéfalo,
Las ideas me faltan y duerme
Un letargo sin fin mi cerebro.
Una hetaira lasciva brindóme
De su lúbrico amor los excesos ;
Como « estrige » que sorbe la sangre
De un infante sumido en el sueño,
O curuza que chupa el aceite
De la lámpara que arde en el templo,
Su insaciable lujuria sorbióme
Lo poco que hube
De fósforo y sesos.
Y ahora en la sombra
De este monasterio,
Cuyos claustros sombríos albergan

De lo humano, lo ruin y lo ledro,
Como monje de adusta Cartuja
O donado de antiguo convento, —
Que arrastrase su vida cenobia
Sin maitines, ayunos ni rezos, —

No guarda mi alma
Ningún sentimiento,
Ninguna memoria,
Ya todo está muerto,
Nada hay en el mundo

Que en mi levante eco.
Ya soy sólo un ente
Con ojos, un yerto
Cadáver que ambula
Su pálido espectro,

Porque sólo la horrible Locura
Me dispensa su amor del Inferno,
Y con ella en el río de Olvido,
Cuyas ondas arrastran mi cuerpo,
Extinguida la luz de mi mente,
Sumergí para siempre el Recuerdo. »

El Silfo un instante
Detuvo su vuelo,
Acaso pensando
Para sus adentros :
« O éste está loco

O ya está por serlo »
Mas luego me dijo
Con un vivo gesto,
Que más incisivo
Hacia su acento :

« En la Vida es la ley del contraste
Lo que lleva Natura en su seno :
La luz y la sombra,
Lo blanco y lo negro
Lo bueno y lo malo,
Lo finito contrario á lo eterno.
En la lucha se templan las almas,
Haz, poeta, que vibre tu plectro,
Que la luz que fulgura en tus rimas
Me revela el poder de tu éstro,
Y esa lumbre hará se disipen
En tu torno las sombras muy presto. »

« A la meta gloriosa se asciende
Por el propio valer y el esfuerzo,
Se triunfa ó se muere,
No hay término medio :
En la marcha al Ideal, ya lo sabes,
No se puede hablar del Regreso. »

Después, en el aire
Alzóse ligero,
Y raudo alejóse
En alas del Céfito

Pero antes justando
Su nombre, reflejo
De undivagos sonos
Gritóme á lo lejos

« Canta, canta, poeta, no temas
De la negra Locura el amplexo,
Ni que, obscura mazmorra, te guarde
En su lóbrega torre el Silencio.
Yo ya sé lo que guarda tu cráneo :
Tú tienes Carisma,
Tú tienes Talento ! »

ADRIANO M. AGUIAR.

Suávitas ...

Extraña sinfonía nimbada de oro...

Para Isabel Venegas

Y eres como un lys en el crepúsculo.

Hondas cosas interiores del Jardín de los Silencios, dice al alma tu Belleza coronada del Misterio; tu Belleza, que recuerda el perfil grave y perfecto de las Palas-Athenea. — Tu Belleza, circundada de un divino Sortilegio. ¡Albo lys en el Crepúsculo, ante el cual se inclinan ledos, los rosales pensativos de este extraño Florilegio!

¿No has mirado allá, en tu Patria, á la hora del Poniente, cuando el Sol tiñe la Tierra, de un bermejo resplandor, las águilas detenerse, tras un vuelo grave y lento, en las cimas inmutables, y quedar allí, rígidas, inmóviles, extáticas, cual si fuesen esculpidas en el dorso de un blasón? ¡Magníficas, hieráticas, cual si fuesen las cariátides del fúnebre monumento de algún viejo Pharaón!... Esas águilas son solas: Solas son bajo los cielos. Solas son sobre las rocas. Solas son ante los vientos. ¡Admirables cenobiarcas de los ritos del Dios-Sol! Soledad, es vida fuerte. Soledad, es vida enorme. Nadie sabe la grandiosa y severa intensidad de la Vida en el Silencio, sino aquellos que aman mucho el prestigio de las almas y el Misterio Omnividente, de las vidas interiores, que se expanden como ríos, en la calma austera y grave de inviolada Soledad... Y yo soy un Solitario, que en las ásperas penumbras de una noche de combates vive huraño como un buitre, sin tender sus negras alas sino en horas de tormenta, cuando airado vibra el trueno, bajo cielos escarlatas, en la negra incertidumbre de un Ocaso convulsivo... Yo soy ave carnícera. Yo soy ave de borrascas, cuyas garras tienen sangre; cuyo cuello, si se enarca, es en un gesto de muerte; cuyo grito, si se escapa, es un grito de tumultos en un campo de batallas... Mucho lodo del combate forma el peso de mis alas!... ¿Cómo quieres que detenga este vuelo de borrascas en las cándidas páginas, todas tersas, todas blancas, de tu album, donde vienen los Poetas, deslumbrados, con sus lirás de oro sacro á decirte suavemente, Ofertorios de sus almas? ¿Cómo quieres que yo pose, ahí mi garra ensangrentada, y recoja sobre el libro la tormenta de mis alas? Y, ¿no ves cómo hacen sombra, cual si fuesen las dos zarpas de un león?... Armonías ilimitadas que te cantan! Digan ellas lo que vale tu Belleza circasiana, la tiniebla de tus ojos, y el incendio de tu alma. — Homenaje á esa Belleza, es mi Nombre en estas páginas... — Ese Nombre, de Od's rudos, de implacable y ciega Ordalia, yo lo pongo en este Libro, y ese nombre es una garra que te ofrece, suavemente, una rosa perfumada.

Pargastila

VARGAS VILA



A

Pérez y Curis

muy cariñosamente

Vargas Vila

Paris - 15 - 11 - 07

Día gris

Para APOLO.

Para Alfredo Ascarrunz.

Otoño. La garúa sus finas chispas llueve sobre la mar. El agua cenicienta se mueve apenas. No hay oleaje, ni espuma, ni murmurio en toda la ribera; es un mar de mercurio que á veces hunde el borde, arrastra los pedriscos y de un golpe se quiebra en los agudos riscos afelpados de musgo. Hace el gris que se ligen los confines del agua con los del cielo. Siguen mis pupilas el vuelo de unas aves, y pienso cómo cual ellas mi alma sobre el abismo inmenso, se ha cernido buscando los efluvios de ideas que suben de las altas y las bajas mareas.

¡Oh Mar! la vez postrera, una frase de aliento yo buscaba en tu orilla, y sólo el vago viento me respondió...

¿Te acuerdas? La sombra vespertina oscurecía el fondo de tu agua cristalina, y algo extraño bajaba con las tintas inciertas, algo como ilusiones que con las alas yertas de tanto levantarse y azotar las combadas alturas silenciosas, cayeran desmayadas. Había alma en el aire. Y tú que te esparcías alegre, rumoreante, y que riendo ponías en la sien de la ola una chispa de idea, callaste ante la noche, callaste, y tu marea semejante al romano gladiador que rendido y agónico en la arena, con su último latido hinchaba de su pecho los mórbidos relieves, y esperaba en silencio los pavores alevés de la muerte cercana, así ella, bravía, mudamente sus pliegues, sus músculos henchía y en su avance postrero, en la última bravura del agua reluciente, bajo la noche oscura quedó, como quedaba, sin soltar un jemido en medio á la palestra, el gladiador caído!

Al mirarte postrado, no insistí en mi plegaria
á tu fuerza creadora, y en una solitaria
peña gris de tu orilla, con la frente en las manos,
me quedé ante los negros horizontes lejanos.

¿Cuánto tiempo ha corrido? No lo sé. Hoi mi acento
ignora las pueriles tristezas, y el lamento;
hoi respiro el perfume de la luz, hoi me ligo
á todo lo que sueña y se levanta, y sigo,
en el vértigo eterno, la vida de las cosas,
ardiendo con los astros, muriendo con las rosas.

Pero á veces la vida es tan oscura... ¿Dónde
el lejano destello que nos guíe, se esconde?
¿A qué volver los ojos? Tras lo azul que describe
su línea de horizonte ¿qué palpita? ¿qué vive?
Yo amé, desde mui niño, tus aguas verdes, lilas
con las que tu grandeza besaba mis pupilas;
amé tus voces muertas en estos peñascales
que yo oía en las leves arenas musicales,
cuando en alta cascada las vertía en mis manos
al soplo de la brisa, y desde esos lejanos
instantes de mi vida, siempre hollé tu ribera
cuando quise en mis dudas un aliento cualquiera...
No seas hoi como antes: habla, responde, dime
cómo á la vida oscura se la exalta y redime!

Calla el mar ¿sueña ó duerme? Su inmensidad apenas
se arruga y desarruga. Húmedas las arénas
al pisarlas no crujen. Cerca de mí se atreve
á triscar una onda, y su vellón de nieve
blanquea entre los riscos. Miro, al confín, la curva
de las aguas tranquilas. Va pasando una turba
de nubarrones grises y, al ras del mar, el viento,
haciendo en la neblina fugaz desgarramiento,
traza una leve y larga línea azul. Continúa
descendiendo la fina, temblorosa garúa.

Playa — Ancha — Valparaíso.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Sonetos de la Primavera

Para APOLO.

I

Derramábase el sol, que era un tesoro,
en la tierra, en las aguas y en el cielo,
vibrando en el espacio como un vuelo
de innumerables élitros de oro.

Daba á los aires su canción un coro
de labradores curvos sobre el suelo,
y desde el llano, en la inquietud del celo,
un toro daba su mugir sonoro.

Los árboles que crecen junto al río
resplandecían de sus nuevas galas,
y hojas y alas en un solo brío

de fecunda ansiedad llena de encantos,
unían la impaciencia de las alas
á la emoción gloriosa de los cantos!

II

En medio de ese sol y esos rumores,
bajo el ledo contacto de la brisa,
el campo desataba la sonrisa
maravillosa de sus mil colores.

Se impregnaba de rústicos olores
el pie de las vacadas en la lisa
alfombra de los prados, é indecisa
flotaba en todo el alma de las flores.

¡El alma de las flores!.. Era el alma
del mundo en ese instante.

Los perfectos
caminos del jardín, bajo la calma

murmuradora de los altos pinos,
vieron pasar en rondas los insectos
al amor de las flores peregrinos...

EMILIO FRUGONI.

Enrique Gómez Carrillo



De dios á dios

Tal es la dedicatoria que en el retrato con que engalanamos esta página nos ha enviado recientemente desde París el distinguido escritor y amigo Enrique Gómez Carrillo, director de «El Nuevo Mercurio». Así hemos querido interpretarla nosotros: de Mercurio á Apolo.

Nuestro agradecimiento al compañero Gómez Carrillo por su delicado obsequio que pronto retribuiremos.

Hojas del diario de un transeunte ⁽¹⁾

Para AVOLO.

Diciembre 17 — Hoy, al salir de la Cámara de Diputados, después de una sesión borrascosa, comprendía que no son eternas esas genuflexiones de la voluntad que apagan tantos entusiasmos bajo las bóvedas de un hemiciclo. La interpelación ha sido un triunfo. Y al propio tiempo, en uno de esos viceversas de la memoria, evocaba la imagen de aquella última jornada del gabinete cuando soplaban vientos de motín y las tropas bajaban lentamente por las avenidas al sordo trotar de sus caballos, mientras los agitadores se hacinaban en la plaza, royendo cóleras y en el palacio de los representantes burbujeaban las ambiciones, los odios y las intrigas, con un hedor de estanque removido por una sola ambición inconcesable: « el triunfo ». El desenlace de la epopeya de aquel ministerio fué curioso. Un general insurrecto escaló la tribuna con una arenga que era una proclama, el abate Gayraud apostrofó desde su asiento y el conde de Mun entresonó el comienzo de una restauración. Un gobierno que parecía salvado á las seis de la tarde, cayó á las nueve, después de una sesión de siete horas empleadas en tejer la telaraña de una intriga. Los sobrevivientes del boulangismo pusieron su barca á flote. Y los grupos oleosos remontaron los boulevares á son de carga, mientras las redacciones de los periódicos victoriosos se cubrían de luces y las otras se perdían en las tinieblas.

« Lunes, 19 » Al regresar del Bosque por el camino plantado de árboles que tiritan en mitad del invierno, en la avenida raspada por los carruajes, las bicicletas y los ómnibus, tengo la visión de una vuelta de Trabajo, cabalgando so-

bre una victoria en medio de una ciudad prosternada.

Es el emperador de una república, que regresa de una cacería, comprando voluntades con sus saludos, en un trotar de coraceiros, un brillar de espadas y una suntuosidad rastacuera que desborda la imaginación. Y mientras el cortejo se pierde aclamado por las multitudes en el fondo de la avenida erizada de látigos, me alejo pensando que el prestigio de los fuertes no emana de ellos, sino de la pompa que les rodea. Despojemos á los poderosos de su palacio, su ceremonial y sus alabarderos, sentémosles á comer en una mesa redonda á dos francos por cabeza y serán hombres como todo el mundo. El pueblo es como esos niños que creen que los comediantes son seres superiores porque taconeán la escena vestidos de oropel, morisqueando gestos graves. Cuando la muchedumbre abre calle, arrollada por las tropas y se arremolina aclamando al magnate que pasa, aclama los uniformes, el lujo, la « mise-en-scène », todo lo que la deslumbra y la maravilla, pero no al hombre. Si le encontrara en una taberna, le ofrecería tabaco para atascar la pipa.

Martes, 20 Me tomó por el brazo, al cruzar el gran patio de Louvre, — el gran patio del Louvre que, todo blanco bajo la luna, parecía recordar en aquella noche de invierno las viejas intrigas y revelencias cortesanas, con una sonrisa irónica de gentilhomme me tomó por el brazo y me dijo: — « Estoy enfermo. Los pensamientos torbellinos en mi cabeza, arrastrando girones de pasado. La razón pone á veces todo en su sitio, pero el trabajo se reanuda para interrumpirse en seguida. A menudo,

(1) De un libro en prensa: « Burbujas de la vida ».

para poder continuar la labor de una idea, me veo obligado á hablarla; de lo contrario, el viento de las otras me dispersa y me pone en la necesidad de hacer dos veces el mismo camino para volver á encontrarme. Creo que mi estado es debido á la preponderancia de mi corazón sobre mi cerebro. Siento más de lo que pienso. Soy un ser contradictorio: me pronuncio contra el sentimentalismo y soy más sentimental que nadie. Quizá no estoy de acuerdo con mi doctrina, pero mi doctrina está de acuerdo con mi razón. » Nuestras sombras se prolongaron, flacas y enormes, sobre el muro. Las seguí con los ojos. En el silencio del gran patio desierto, gesticularon un instante y luego se fundieron en una sola que se alejó, grotesca, bajo la luna.

«Miércoles, 21» — Es innegable que entre las naciones, como entre los individuos, hay algunas que presumen de aristocracia, muchas que arbolan «bank-note» de burguesía y no pocas que se resignan á en casquetarse el hongo del proletariado. Las primeras tratan á las segundas como un marqués del Iipo al banquero de las Tres Usinas: con un desdén imperceptible que no desarma nunca. Pero las dos se ponen de acuerdo así que se trata de oprimir á las terceras y repartirse sus territorios como bienes de vasallo. Felizmente la resistencia de la Abisinia, el triunfo del Japón y hasta la evolución de Siam que comienza á vestir ideas europeas y á usar arte, sancionan lo que pudiéramos llamar una descentralización. El mundo estaba antes entregado á la influencia exclusiva de un continente que, por una ironía de las cosas, es el más pequeño de todos. Parecía que nada podía existir fuera de él. Y hoy, desmintiendo la especie de que los continentes restantes han sido creados para aprovisionarlo de esclavos, azúcar, trigo y colmillos de elefante, vemos surgir, en uno de esos bruscos cambios á que nos tiene acostumbrados el destino, el Japón en Asia, nuestras repúblicas en Amé-

rica y la histórica y vieja Etiopía en ese continente desgraciado donde tantas rapacidades han encontrado su botín. La Abisinia da lecciones de clemencia y de valor; la América del Norte impone sus máquinass á todos los pueblos; y el Imperio del Sol, limitado en otro tiempo al comercio de baratijas exóticas, nos ofrece una literatura y una civilización que se enroscan, formando un nervio original y fecundo. Bah! me decía hoy leyendo una correspondencia de Addis, pronto se convencerán los pueblos de que el talento, la industria, la inventiva, el refinamiento, no son dones exclusivos de los habitantes de una región determinada, sino patrimonio de la humanidad, hueso del mundo, semilla que ha caído en todas las tierras y que ha dado fruto en unas antes que en otras sólo á causa del clima moral en que se ha desarrollado.

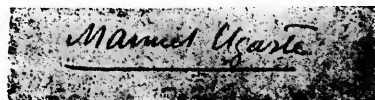
«Jueves 22» — Recibo un libro del mexicano Zuloaga. Es una traducción de los cuentos de Mendés, una de esas traducciones que hoy se llevan tanto, suficientemente caprichosas para ser queridas, pero demasiado infieles para ser legítimas. Los cuentos de Mendés son hermosos, aun en romance. Son los misales de un amor exclusivamente parisiense, lleno de tonos y medios tonos intraducibles, y aun incomprensibles fuera del medio en que han nacido. Delicadeza en el desenfado, idealización de la materia, y, como pudor, uno sólo: el pudor de lo feo. Abriendo el libro al azar encuentro un cuadro delicioso. «Cuando se presentó en la pista un bien perfilado caballo negro sin brida, freno ni silla que piafaba y burbujaba espuma, Lila Biscuit arrojó el gran manto que la envolvía y apareció en el circo toda desnuda, iluminada por las luces del gas, sin traje, ni velo y se lanzó sobre el bruto toda coloreada de nieve y de rosa. Pero nadie se enfadó; porque era un divino espectáculo ver á la linda joven recostada sobre las ancas negras del animal, al galope, con los cabellos mezclados á la crin.»

El prologuista de Zuloaga se espanta ante la crudeza de estos cuadros, arguyendo que las siluetas primaverales que sonríen desde el fondo de todos los cuentos de Mendés no son las más propias para predicar la virtud en un corro de colegialas. Echa de menos los puntos suspensivos de Pérez Escribá. Y al hablar nos de la moral con una unción que huele á almizcle de capilla franciscana, olvida que el cardenal de Richelieu, — que no era fracmasón, ni naturalista, — no desdeñaba entrar al taller de los pintores, descorrer las cortinas que ocultaban los modelos y asistir á la copia de la carne viva, proclamando que en el arte no puede haber inmoralidad. Así pensaban los grandes artistas místicos de la Edad Media y así pensaron quizá también los Apóstoles, en cuyos Evangelios encontramos más de una imagen cruda que haría sonreír á Pierre Louys. Pero la hipocresía de nuestro siglo no se detiene ni ante las Escrituras. De ahí que se haya fabricado un Evangelio para uso de las escuelas, como se ha fabricado un Rabelais, y hasta un Cervantes.

«Viernes 23. — Leo las memorias del señor Goron, — antiguo jefe de policía de París, — funcionario que no abandonó sus viejas costumbres de periodista, y periodista que no echa en olvido sus prejuicios de funcionario. Son reminiscencias de corchete que sólo valen por las llagas que desnudan y por los objetos de conmiseración

que presentan, sin saberlo, á las almas sensibles. No basta que una cosa sea abominable para que tengamos el derecho de condenarla: debemos combatir esas delicadezas de estómagos bien alimentados. Es necesario estudiar las causas y el método de elaboración de esas pasiones, costumbres, vicios ó miserias que la multitud corona con el adjetivo de repugnantes. Muchas derivan de nosotros mismos. Son nuestra obra. Para consolarnos de haberlas engendrado, las abofeteamos con nuestra repulsión, como un padre cobardo aborrece al hijo contrahecho que atrae la mirada de los curiosos. Tengamos por lo menos la audacia de nuestras llagas. La prostitución es el resultado de los vicios de todos: usamos de ella y no tenemos derecho á condenarla. ¿Qué decir del poderoso que habiendo seducido á la criada, á la institutriz ó á la parienta pobre y habiéndolas dejado con un niño en mitad del arroyo, declama contra el vicio y se indigna cuando una mujer hambrienta se le ofrece en el bochorno de las calles oscuras?

La humanidad, menos generosa que los animales, se encarniza con los muertos.



LA TARDE DOLIENTE

Para APOLO.

A Paul Minelly.

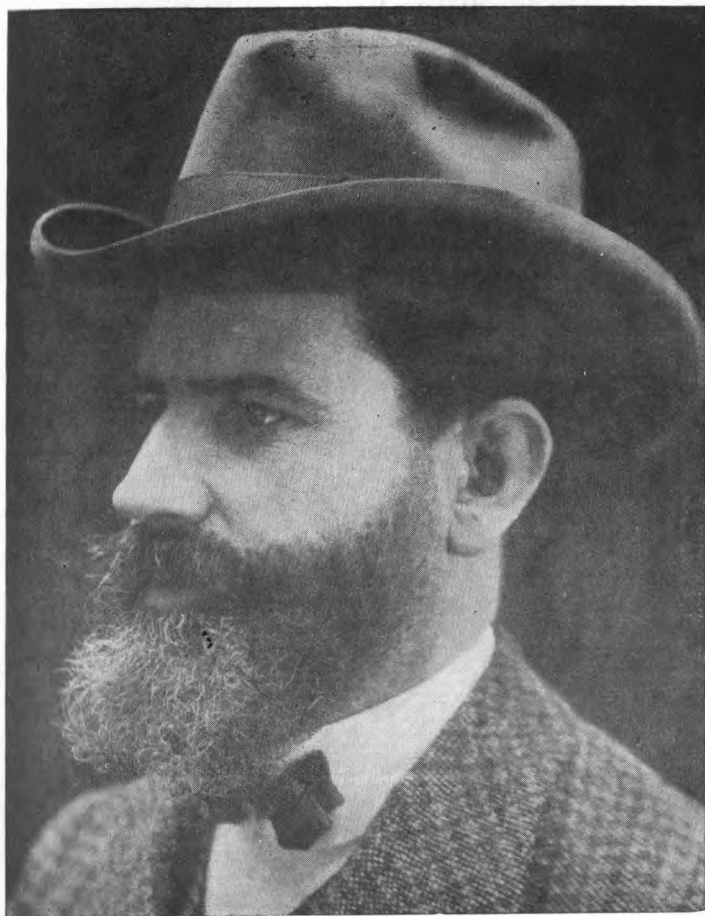
Sueñan los altos pinos al fondo del paisaje
y en el secreto halago de la quietud que impera
preludia entristecidas baladas de quimera
la tarde en su guitarra de místico cordaje.

Un hondo amor despierta la soledad salvaje
y el sol en las durmientes colinas reverbera
con hipo de agonía bajo la azul bandera
de nieblas que despliegan el vaporoso traje.

Por el confín borroso del pálido horizonte
cruzan las golondrinas en un tardío vuelo,
como un adiós perdido sobre el lejano monte.

Y emerge la tristeza con ansias fugitivas
en la doliente luna que ya acaricia el cielo
con el amor de todas las novias pensativas.

Bértoli Garay.



LA CANTINELA DEL SEGADOR (CREPÚSCULO)

Para APOLO.

Es la horita dulce de las ilusiones
y de los ensueños...
¡Te quiero!..

De allá abajito,
de allá abajito vengo...
donde las espigas y los olivares,
agitados por el viento,
se dicen: «¡Te quiero!. »

El sol á la tierra,
en su último beso
le dice: «¡Te quiero!...»

Y los cielos mismos
con sus estrellitas y luceros,
en la noche serena parece que al mundo
[le dicen:

«¡Te quiero!...»

Es la horita dulce de las ilusiones
y de los ensueños...
¡Te quiero!...

VICENTE MEDINA.

Cartagena (España) — 1907.

El triunfo del llano

Para APOLO.

Es el gris... es el alma de hierro de Rodrigo;
el gris de los aceros que al herirle el sol brilla
y guarda con el oro hierático del trigo
el espíritu hidalgo de la vieja Castilla.
Hay en la gris llanura un alma inconocida
que no aciertan los ojos á ver ni á comprender;
espíritu en que alienta el germen de una vida
—Humanidad, sin hombre nacido de mujer—
Oíd esas canciones alegres y risueñas
en que suave se mezcla una melancolía...
canciones de alegrías y tristezas pequeñas
en la paz del crepúsculo de una tarde sombría;
y el eco del rebaño que vuelve á los rediles
con la música dulce y triste de las esquilas,
y los primaverales amores pastoriles,
en la calma solemne de las noches tranquilas.
Y ese *no sé qué* inmenso que vive en la llanura,
que es *Algo* incomprendido porque es *Algo* infinito,
esa eterna alegría ó esa grande amargura
que llega á Dios en culto de la Idea sin rito.
El sol alumbra el épico triunfo de la llanura,
en donde acaso un místico quisiera ver la muerte,
yo rasgando mi pobre y antigua vestidura
de voluntad me infundo y comienzo á ser fuerte.
Que yo quiero ser de esta patria gris y de hierro
símbolo del Espíritu y de la Voluntad;
en mi castillo en ruinas imponerme destierro
y buscar en sus piedras la suprema Verdad.
Que yo quiero la vida grande y tumultuosa
como son las tormentas en tierra castellana,
guardando la existencia continua y dolorosa
sin saber por la noche del día de mañana.
En las duras aristas de los surcos arados
encontraré la fórmula de ignorado Ideal,
hacia esos horizontes lejanos y azulados
iré en pos del Espíritu en que no anida el Mal.
Es el gris... es el alma de hierro de Rodrigo;
el gris de los aceros que al herirle el sol brilla
y guarda con el oro hierático del trigo
el espíritu hidalgo de la vieja Castilla.

LEONARDO SHERIF.

Madrid.

Noches de moda

(INSTANTÁNEAS LOCALES)

Para Avoto.

— ¡Uff!... ¡Qué calor! ¡qué calor!...

Esgrimiendo el abanico, Misia Fusa se hace aire.

Ella está pasando por un trance atroz. Sencillamente, la buena señora se siente ahogar. Toda su personalidad obesa, pesada, hecha á block, corre inminente riesgo de perecer, allí entre el hacinamiento humano que la rodea, allí entre aquel hormigueo que bulle sin cesar á su alrededor, sobre la «terrasse» del aristocrático balneario, en una noche de moda hermosamente canicular.

Pero Misia Fusa es terrible. ¡Si la conocierais! Su vanidad de exhibicionismo no tiene límites. Hacer acto de presencia en cualesquier fiesta social ó paseo público, es su obsesión. Saber que la gente la ha visto y que ella podrá mañana dar fe ante sus amigos de tal ó cual hecho, es para Misia Fusa algo así como una apremiante necesidad; y por esto mismo, por esta vanidad ingenua de querer atraerse sobre sí las miradas de algunos, es que Misia Fusa tuvo muchos novios cuando soltera, y luego se casó con el primero que se le puso á tiro cuando ya ella frisaba en los treinta y tres, y por lo que hoy se moriría todos los días si ello fuera admisible, y si á Misia Fusa le fuera dado contemplarse en espíritu sus funerales.

¡Qué diablos le Misia Fusa! ¡Oh, no dirán mañana las de Pechugini ni las de Fieramosca que Misia Fusa y los suyos hacen vida de pobretonas cursis, sin saber más noticias que las propaladas por el periódico y sin ver más caras que las de los vecinos de barrio! Y he aquí, que ahora ella se halla en plena «te-

rrasse» de los Pocitos, rodeada de todo el estado mayor de su prole femenina, apeñuscadas todas en un pequeño espacio que han logrado acaparar desde las cinco de la tarde, casi á pleno día y merced á aquel madrugón que las ha obligado á largarse de casa con una frugal cena de algunos sandwichs y unas pocas onzas de dulce de membrillo comprado en el baratillo de la esquina.

— ¡Uff!... ¡Qué calor! qué calor!...

Misia Fusa ya no puede más. Ella siente un dolor agudo en las espaldas, en la nuca, en los tobillos, en las partes más sensibles de sus extremidades. Ahora todo le tira: el corsé, ceñido, ajustado, conteniendo á duras penas el desborde amenazante de sus carnes flácidas y abundosas; los zapatos, estrechos, de horma á lo Luis XV, con taconeras de corcho; los pinchos de la gorra regateada pacientemente y centésimo á centésimo durante tres días en lo de madame Pellicciari. Sin soltar su abanico, Misia Fusa se hace aire:

¡Uff!... ¡Qué calor! ¡qué calor!...

Y en tanto ya son las diez, hora en que la fiesta social toca á su máximo. Los acordes de una banda militar, haciendo oír el IV acto de Bohème, vibran en el aire sonoro de la noche apacible; el prolongado campanileo de los eléctricos repertente en un cascabelear loco y continuo, y bajo el cielo tenebroso, apenas semi-alumbrado por un menguante amarillo, la multitud desfila paso á paso, poco á poco, en un taconeo silencioso y rítmico que se prolonga sobre el maderamen

del viejo muelle. Ahora todo se confunde, nada se destaca, todo se entrevee. Pasan cuellos relucientes con destellos de marfil; sombreros blancos de paja de Italia ó Panamá; trajes de tonos lúgubres y alegres; ojos femeninos sombreados al esfumino; formas provocativas de mujer núbil; dentaduras albinas y que sonríen; vientres monolíticos y satisfechos; siluetas escuálidas; descotes incitantes; torsos agobiados; talles erguidos é insolentes; cabellos brunos ó aurirrizados; melenas varoniles á lo Artagnan ó calvas vergonzantes y relucientes... pasan... pasan... pasan... Y todo en un kaleidoscopio macábrico de manchas de color, que aparecen, se ocultan, vuelven á reaparecer, tornan á ocultarse...

El calor ahoga. Nadie creería encontrarse en un balneario, en plena ribera del estuario, frente á la inmensidad del mar. Muy cerca de allí, casi á pocos metros, se estaría perfectamente gozando de los frescos arenales de la playa blanca, fina, undosa, que las olas mansas lamen en su continuo vaivén. Pero, que quieren ustedes, salir del muelle, abandonar la «terrasse», no es de tono; hay que ceñirse á las fórmulas; la etiqueta así lo exige, y he aquí por la cual la enorme concurrencia prosigue impávida por su eterna ruta, siempre girando, siempre dando vueltas sobre sí misma; arremolineándose, estrujándose, deteniéndose... No hay duda, muchos estarían mejor en sus casas que allí; pero, ¿quién dijo miedo?... ¡Adelante! adelante! siempre adelante!...

Ya el cansancio invade á muchos. Misia Fusa cree percibir suspiros, quejas ahogadas, lamentos vagos. En ciertos rostros se va distendiendo algo así como una sombra de fastidioso pesar, en tanto una interrogación dolorosa se estereotipa en los labios rígidos y enarcados por el cansancio, como diciendo ¿Por qué diablos yo estoy aquí?... ¿Quien me manda meterme en este maremagnum?... Pero otra interrogación complaciente, henchida de

infinita vanidad personal, atenúa un tanto la protesta imperiosa de la carne adolorida que se rebela, exclamando: ¿Ven ustedes?; yo soy fulanito de tal! Yo también he venido aquí y aquí me tienen! Vamos, no sólo ustedes han de concurrir á los Picotos en noches de moda!... y pasan... pasan... pasan...

— ¡Uff!... ¡Qué calor! ¡qué calor!...

Pero á pesar del calor sofocante que la derriete; no obstante los dolores físicos que tanto la tienen á mal traer. Misia Fusa no «pierde pisada». — El heroísmo suele ser tan contagioso como el miedo. — Al través de los cristales convexos de sus gafas, Misia Fusa escudriña la multitud.

— Niñas! — exclama — saluden ustedes á las de Birandola; si, á las del diputado Birandola... Mírenlas... ya vienen... pronto van á pasar...

Y pasan las de Birandola, una, dos, tres, cuatro siluetas de mujer que muy pronto desaparecen entre un estrepitoso frou-frou de visos de raso y un entrechocar de brazaletes, cadenas, colgantes y aderezos.

— ¡Niñas! Ahí viene «Mechita» Stromponi; la hija única de aquel ricachón licorista del Reducto.

Y pasa «Mechita» Stromponi; robusta, bonachona, de pómulos colorados, rosada toda ella como una sandía apetitosa y respirando esa potente salud y «joie de vivre» de una buena «figlia» de la patria «del buon vin». Luego, lleva «Mechita» sobre sí tantos brillantes, que no parece sino que los acartonados pretendientes que la persiguen lo hicieran sugestionados bajo la catalepsia de un sueño hipnótico...

Pasa «Mechita» Stromponi... pasan sus adoradores... pasan sus brillantes...

Y al desfile continúa, lento, infinito, interminable.

La charanga ha enmudecido; el rodar incesante de las olas sobre la inmensa playa se percibe más claramente; una brisa saturada de un penetrante olor á marisco orea los rostros y hace ondular las gasas y los tules; allá lejos, hasta los límites

del horizonte borroso, el mar no es sino una inmensa mancha negra, oscura, enormemente dilatada, entre cuyas misteriosas tenebrosidades los focos eléctricos de algunos vapores lejanos oscilan á la distancia como insomnes pupilas rojas...

Al través de los cristales convexos de sus gafas, Misia Fusa prosigue escudriñando en la multitud ¡Cuántas amistades! ¡qué de rostros conocidos aunque algunos de ellos sólo por el cliché del periódico ó la revista!... Allí, Misia Fusa ve desfilar bellezas de renombre; políticos incipientes; burgueses acomodados; periodistas de nota; literatos solemnes; críticos burlones y de sátira; personalidades expectables; pebetes acicalados...

Junto al hotel, en el «hall», frente á la multitud en marcha, los corrillos se agrupan alrededor de las pequeñas mesas. El champagne bulle en las copas su dorado hervor; los «bock» rizan sus bucles rubios de *ambarina* espuma; las grosellas y licores tiñen los cristales con sus bellos tonos de rubies y exótica pedería; se oyen órdenes, carreras, voces melifluas y de mando; corren los «garçon» de delantal blanco y bigote al rape; humean los manjares en las porcelanas sonoras; el humo de los cigarrillos se distiende en finos cendales de bruna diáfana; todo el pentágrama armónico de un parloteo bullidor se cruza entre comensales y bebedores.

Las hijas de Misia Fusa, inquietas, nerviosas, acometidas desde hace rato como por una nostalgia lejana, prorrumpen de repente en una lamentación pesarosa:

— ¡Ha visto usted, mamá, que ausencia de porteñas se observa este año en las playas? Se podrían contar las que han venido.... ¡Son tan escasas!

Misia Fusa, que desde el flamante conflicto con Zeballos guarda tirria á todo aquello que huele á la otra banda, se siente acometida de un repentino furor:

Mejor, hija, mejor; cuanto menos bulto.... más higiene! — exclama. — Lo que es este verano las

porteñas se han chingado; no hay «chucho»!... Tendrán que recurrir á la esponja casera!...

Sus hijas la interrumpen con solícita reconvencción.

— Pero mamá, usted se equivoca! ¿Y el Hotel Bristol, el Mar del Plata, el...?

Mas misia Fusa, ya puesta en tren de carrera, no admite «placé».

¡El Mar del Plata! — exclama — el Hotel Bristol!... bobada, hijas; pura bobada! Allí sólo va media docena de Anchorenas; los demás se quedan en sus casas, muy quietecitos, muy calladitos, como que se han decretado voluntariamente tres meses de reclusión celular, tapiándose á piedra y lodo y con la inviolable consigna dada á sus sirvientes de que los patrones están de «Villegiatura»! Vamos, lo dicho, hija, todo un procedimiento de veranear sumamente económico ¡Oh, cuanta razón tiene tu padre al decir que si por algo desea vivir en Buenos Aires fuera porque allí nos sorprendiese el verano! Naturalmente, encerrona prolongada y nada de tranwaís ni de extraordinarios de playa!...

Por fortuna, un nuevo incidente corta esta nimia rencilla casera-internacional. Polidoro Menganés acaba de hacer su aparición en pleno balneario. Allí está, á pocos pasos de ellas, varita en diestra, guante en siniestra, reclinado airosamente sobre la borda extrema del muelle, fijos los ojos en la niña menor de Misia Fusa, su adorado tormento y su más bella ilusión...

Como en casos análogos, siempre que esto acontece, la aparición de Menganés es saludada con un iracundo revuelo de ojos y una doble salva de protestas por parte de toda la confabulada familia.

Ya está aquí ese simplote! ese bichito de luz! ese zángano importuno!...

A todo esto, estoico, sublime, impertérrito, Menganés parece haber ensordecido de repente como por arte de magia, mientras sus ojos no se apartan de su ansiada Dulcinea, en tanto la mamá y hermanitas de

éste, — á quienes le dá por el marcado y sólo sueñan con títulos litúrgicos y libretas de cheques, y tienen más humos que automóvil «Pope á 60 kilómetros la hora, prosiguen su recliña hacia el incommovible «dragón», el cual no tiene más delito que sólo ganar veinte pesos en un ministerio, remuneración exigua y fatalmente microscópica para Misia Fusa y sus niñas...

Felizmente, la presencia de Menagán, no se prolonga demasiado, pues Misia Fusa ha dado orden de retirada. Ya son más de las once y entre la enorme concurrencia se ha iniciado el desbande. Entre la confusión y el apresuramiento algunas parejas rezagadas aun bregan por permanecer. Los «flirteadores» de ocasión se vuelven todo ojos: los «dragonés» consentidos se disponen al abordaje.. Campanillean los eléctricos su cascabelear loco; ruedan los carruajes por las avenidas próximas; una fuga acelerada se inicia hacia la ciudad en reposo, dejando atrás «villas» y «chalets», obscuridades acechantes, despoblados extensos donde algún mal farol á kerosene parpadea su achacosa somnolencia de senectud decrepita y trasnochada..

Pero he aquí que ya están en casa, y el esposo de Misia Fusa, que ha preferido quedarse burguesmente, en mangas de camisa, pretextando no estar ya para esos trotes, las interroga con interés:

— ¿Y qué tal? ¿cómo les ha ido á ustedes? ¿Se han divertido mucho?...

Misia Fusa se hace toda exclamaciones:

— ¡Soberbio, hijo, soberbio! ¡Como que hemos estado «entre nubes»!...

El buen señor cree haber oído mal. Se hace mil conjeturas. ¿cómo? ¿acaso su mujer y sus hijas han viajado en globo?...

Pero la hija primogénita del matrimonio toma á su cargo el reparar este lamentable error de deficiente maleabilidad lengüística.

— Mamá, usted se equivoca: Se dice «entre nous»; oiga usted: «entre nous»

Pero Misia Fusa no está en estos momentos como para prestar oídos. ¡Qué «entre nous» ni que ocho cuartos! Ella sólo atina á aflojarse el corsé, los zapatos Luis XV con taconeras de corcho, los pinchos de la gorra, los añadidos del pelo, en fin, todo aquello que tanto la ha martirizado durante ocho horas

Y mientras ella suelta aquí, afloja allá, desprende acullá, las hijas del matrimonio, con los sombreros puestos y aún en traje blanco de playa, tratan de tomarse la revancha de aquella frugal cena de unos pocos sanwichs y algunas onzas de dulce de membrillo con que se largasen de casa á las cinco de la tarde, casi á pleno día, y sólo con el propósito de acaparar algún banco expetable. Esa noche, ante los ojos espantados del buen papá, el aparador y la alacena sufren un asalto que ni el de los bárbaros al Capitolio. Quién se le prende al mate dulce con cucharaditas de café; quién á los fiambres; quién á los restos del almuerzo guardados con previsión desde la mañana. Aquello es un comer y un beber loco, voraz, desesperado.

Y en tanto, maltrecha, adolorida, derrengada, pero firme siempre en su propósito de no faltar á los Pocitos el próximo Jueves, Misia Fusa suspira profundamente, ruidosamente:

— ¡Uff!... ¡Qué calor! ¡qué calor! ¡qué calor!...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Canicula de 1907.

ERRATAS

Por un olvido del cajista, la poesia de Donato Bruno publicada en este número, aparece con varios errores. Su título es: *In faccia al mare* en vez de: *Su faccia al mare*. En la primer estrofa, donde dice: *Liccome*, debe leerse: *Siccome*, y en la última, donde dice: *dove*, debe leerse: *dove*. Otras erratas de menor importancia que contiene este número serán salvasdas fácilmente por el lector.

EXPLOSIÓN

Si' la vida es amor, bendita sea! — Quiero más vida para amar! — Hoy siento — Qué no valen mil años de la idea — Lo que un minuto azul del sentimiento.



DELMIRA AGUSTINI

Mi corazón moría triste y lento... — Hoy abre en luz como una flor febea; — ¡La vida brota como un mar violento — Donde la mano del amor golpea!

Hoy partió hacia la noche, triste, fría, — Rotas las alas mi melancolía; — Como una vieja mancha de dolor — En la sombra lejana se desliza... — Mi vida toda canta, besa, ríe! — Mi vida toda es una boca en flor!

DELMIRA AGUSTINI.



Vas vitæ

(Boceto de un poema)

Para Apolo.

Y fué en el parque de la Infancia donde,
con melodiosa voz, me dijo un hada :
« Toma esta copa, regia y cincelada
» donde un néctar mirífico se esconde.

» En él las ansias vírgenes que hoy duermen
» de tu ser en el fondo, habrán hallado
» al final de tu vida un encantado
» licor que de tus dichas tuvo el germen.

» Cuando te hable una cruel filosofía
» con criterio cuitado y destructible,
» bebe de este licor incorruptible
» que infiltrará en tus fibras la alegría.

» De ser soberbio, poderoso y fuerte
» él te dará el magnífico secreto
» y podrás sostener al duelo en reto
» hasta la hora solemne de la muerte.»

Con el fruitivo impulso del instinto
en sus bordes mis labios abrevaron,
y las alas de mi alma se agitaron
por jardines de lirio y de jacinto.

Cuando pasó mi ciclo de inocencia,
del excelso licor bebí de nuevo
y fué un drama de luz, de luz de Febo
el curso de mi ingenua adolescencia.

La fronda del amor lució sus flores
para alegrar mis venturosas horas
y con himnos triunfales las auroras
celebraron mi gloria y mis amores.

Mas luego entre las rosas hubo espinas,
entre los lirios se agitaron sierpes,
en mi lira lloraron las Euterpes
y mis bellas se hicieron Colombinas.

Entonces apuré el cáliz mirífico
con anhelo tan fiel cuan infructuoso
porque tras del instante venturoso
vino el inmenso lapso dolorífico.

La cruel Intrusa ensombreció mi ambiente
con su séquito lúgubre de penas
y mis noches felices y serenas
fueron las de un enfermo febriciente

Y cuando como Job sobre el siniestro
de mi querida Sión me lamentaba
y á la hada profética invocaba
con el ávido acento de mi estro,

Cual una iluminada y convencida,
con firme voz, me dijo la Experiencia:
« Es tu dolor el de la humana ciencia,
« Aquella hada falaz era la Vida. »

ILLA MORENO.

SONETOS

Para APOLO.

Era una rubia princesita; un día
Oyó con emoción su ser entero
Las trovas que entonaba un cancionero
Al pie de su calada celosía.

Con qué unción escuchó la melodía
De aquel errante y seductor trovero!
Le amó, le amó con el amor sincero
De los que no han amado todavía.

Recluida entre los oros de su alcoba
Diciendo siempre la aprendida trova
Esperó, llena de ansiedad la cita,

Pero hay! en vano la esperó la bella,
No volvió el trovador, se olvidó de ella,
Y se murió de amor la princesita.

... Y la nave partió; borró la estela
La bruma de la tarde que moría
Y perdióse en la vaga lejanía
La postrera esperanza de la vela.

Mas la amada esperó, día tras día;
Su bien, su amor, cuanto en el mundo anhela,
Se alejaba, cual pájaro que vuela,
En la nave que nunca tornaría.

Desde entonces, nublada de dolores,
La miran al volver los pescadores,
Todas las tardes cuando el sol desmaya,

Vencida y triste, meditando á solas
Con los mensajes que le traen las olas
Al expirar, quejándose, en la playa.

CARLOS ZUM FELDE.



A Z U L

Para APOLO.

Tus ojos de azul tan puro
Prometen, como un Futuro ...
¿Qué son sus raudas promesas?
¿Juegos de luz de algún hada
En que mi ensueño aventuro?
¡Ellos anuncian las fresas
Que dan su rojo maduro,
Tus besos de Enamorada!
Pues bien pagas, cuando besas,
Lo que ofrecieron tus ojos:
¡Las siembras de tu mirada

Dan fruto en tus labios rojos!
No son encandiladores
Ni tienen tiniebla alguna ...
En ellos los ruiñeñores
No hallan su claro de luna;
Pero, una luz los decora
Con tan jóvenes destellos,
Que la alondra encuentra en ellos
El casto azul de la aurora!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

Una confesión extraña

Para AVOLO.

A Medina Betancourt.

El moribundo apretó convulsivamente mis manos y con voz muy apagada empezó diciéndome:

«A ti, Manuel, porque eres muy bueno te lo contaré todo:

Se llamaba Blanca. La conocí una noche en el Festival de las Flores. Cuando me fijé en ella, paseaba por los salones de brazo de sus amigas. Era pequeñuela, bonitilla, alegre, vivaz, parlanchina, de tez pálida, de ojuelos negros, grandes, rasgados, que miraban vivamente, inquietamente, que decían de su alma todo el primer deseo, ese deseo hondo é incomprensible, que brota, que fluye con la vida nueva de los quince años... Vestía toda de blanco como una virgencita. En cada cinta de los vuelos de su saya, en el lazo ampuloso que oprimía su leve cintura, en cada broche que cerraba los pliegues de su blanca bata de raso, había un algo de delicadeza artística, de confección impecable, de un sutil refinamiento femenino...

¡Qué bien lo recuerdo...!

A pesar de estar yo, locamente enamorado de otra mujer encantadora, sentí una necesidad íntima y extraña de hablarla, de admirarla... de mentirla... Requerí su presentación á un amigo, el cual accedió gustoso á mi ruego —Nuestro primer dialogo fué muy breve, muy frío... casi tonto...! Temí haberla causado una impresión poco favorable... — Pero luego observé que me miraba de un modo singular... casi provocativo...! sus miradas me dijeron algo que comprendí muy pronto...! Entonces tuve miedo... temblé... y todo mi ser se reconcentró en una evocación hacia otro ser querido. De pronto, vibró cadenciosa la mágica música de un boston, de compases lentos... muy lentos... y guiado por no sé qué instinto, por no sé qué fuerza misteriosa, contraria á mi

deseo, le rogué, le supliqué emocionado que bailáramos juntos. — Y fué complaciente y comprendí con su «sí» delirante, que ella también lo ansiaba. Y bailamos... bailamos... y oprimiendo suavemente su delicadísimo cuerpo, inconscientemente... obstinadamente... tal vez loco, le fingí una pasión inmensa, le dije que era muy bueno, que la había presentado hacía mucho tiempo... que la había ensoñado en muchas noches de mis grandes tristezas... y ella, dudándolo primero, terminó, ¡oh, insensata! por creer mi gran mentira...! quizá encontró en mis palabras una música de gloria que nunca había escuchado, que por primera vez le cantaba al oído el Ave de la satisfacción de su deseo de quince años...

Y bailamos... bailamos mucho y yo más me enloquecía, más me arrastraba el torbellino de la locura... del desenfreno... mis sienes y mi corazón latían con violencia... veía que todo á mi alrededor giraba vertiginosamente... y luego todo se esfumaba... y desaparecía... y quería huir, lejos, muy lejos, pero una fuerza poderosa me retenía é impulsaba á continuar mi obra, mientras oía una voz interior que me decía: ¡Goza... goza, con tu víctima...! saborea tu crimen! y yo sufría mucho, y sin embargo: «Blanca — le decía — Blanca hermosa, que feliz soy con haberla conocido Jamás, nunca olvidaré ésta noche de tanta dicha y de tanta gloria... Dígame otra vez que me quiere, sí, que me quiere mucho... que me querrá siempre. Repítamelo, una y mil veces... repítamelo...» y Blanca, como yo, jadeante, fiebrosa, loca de amor, pero de amor puro, me repetía: «Si Oscar, si, lo quiero mucho, lo querré siempre... siempre... siempre...! siempre... siempre...!»

El primer beso de la tenue y vaga claridad de la mañana llegó á nos-

otros para romper el encanto de aquel idilio. Nuestra despedida fué larga... muy larga y muy ardiente... ¡La fresca brisa de aquel amanecer estival aplacó un algo mi fiebre, despejando la pesadez de mi cabeza... Caminaba casi inconscientemente... á las veces mis piernas flaqueaban... creía caer... quién me hubiera visto diríame un borracho. Por fin llegué á casa... vestido me tiré en la cama... sentía como una mano de fierro que oprimía mi garganta... y luego empecé á llorar, á llorar amargamente como un niño, sentí sobre mi corazón y sobre mi conciencia todo el peso de mi infamia... y así, caí en un anonadamiento, y el cansancio y el sueño me sumergieron en un profundo letargo... y dormí... y soñé... ¡que era bueno!

Me levanté casi al anochecer, y ya sin fiebre y sin pesadez; la escena de la noche anterior, parecíame un sueño. Pero luego, la indecisión de ir á verla ó no, esa noche, me postró nuevamente en un estado de agitación nerviosa... luchaba contra mí mismo; la existencia del otro «Yo» se me manifestaba enérgicamente condenatoria, con aquella misma voz de adentro que la noche anterior me decía: goza... goza!... y sin embargo, sintiendo que me precipitaba al abismo, que la derrota de mi cerebro era inminente, rugiendo la impotencia de mi carácter, de no poder vencerme á mí mismo, casi sin darme cuenta, como guiado de la mano por algo invisible, llegué otra vez á Blanca, y le mentí de nuevo... y la enlodé de nuevo con todo el fango de mi infamia...!

Y así esa noche, y así muchas noches... Y no podía comprender ese mi estado psíquico. Y yo no la quería de verdad...! Mi primera mentira me impulsó, sin poderme librar de ello, á continuar mintiendo... mintiendo...

El amor frenético y puro que había sentido otrora por aquella otra mi verdadera amada, fué también decayendo lentamente... irremediablemente...

Y llegó el día que también le mentí... que también empecé á rujir mi crimen... que también manchaba con mi impureza su tan grande... su tan puro... su tan noble amor...!

Y así muchas noches en esta alternativa infame y siempre aquel demonio invisible, empujándome, arrastrándome con su poder satánico... y siempre aquella voz interior: «¡Cobarde, no goces más, ¡rébélale!

¡No sé cuanto tiempo continué así. Mi estado de ánimo decaía día tras día. ¡Había sufrido tanto...! Mi debilidad era extrema. Una tristeza muy grande me invadía... lloraba... lloraba mucho, pero no encontraba alivio.

Llegó un momento en que me maldije y maldije á aquellas dos mujeres... ¡Pobrecitas!...

Una mañana me quedé en la cama. No podía con mis huesos. Desde aquel día no me levanté más...! Deseaba escribirle á las dos confesándoles mi delito... pedirles perdón...! Pero no pude... Mi familia obstruyó también las correspondencias de ellas... Mi enfermedad acentuaba, mi debilidad crecía y mis delirios eran más frecuentes y más terribles... Anoche tuve un momento de descanso... Tal vez de alegría... Ya conozco mi mal... y ahora estoy más tranquilo... me siento más feliz: óyelo, porque me voy á morir...!

— No, no pienses en eso, ⁵le contesté, comprendiéndole su razón...

«—Sí, y ahora dime, mi buen Manuel ¿No crees tú que la muerte sea el único medio de libertarme de ese monstruo invisible que me hizo su siervo impotente, matándome el alma... el corazón... la conciencia?

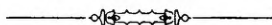
Caía la tarde. El sol se ocultaba tras la sierra y en la estancia eran ya las sombras. Un silencio funerario reinaba en ella. Las campanas de la iglesia tañían su Angelus, pero muy triste esa tarde...! Lloré mucho. Mi amigo, el pobre poseído, ya no estaba allí. ¡Se había libertado! Su cuerpo yacía sobre la cama, inerte, rígido, blanco... muy blan-

co entre tanta sombra!.. y entonces se apoderó de mí un terror desconocido, porque me pareció sentir rozar sobre todo mi ser, las alas de aquel demonio invisible. . . y huí,

huí para llorar junto á mi amada todo mi grande duelo !

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Montevideo, Diciembre de 1907.



LA CORONA DEL DOLOR (1)

(A una reina en su paso de Calvario)

Para APOLO.

Aun más bella yo te encuentro
con tu cara melancólica...
¡El dolor se ha enamorado
de ti también, reina hermosa !

lazos de amor dolorido
no hay quien rompa...
¡y el dolor no á todos pone
su corona !

Bien aventurados, reina,
los que lloran...
dichosos los que en las penas
se desposan...

No te aflijas porque llores,
que la cara, cuando lloras,
reina bella,
tienes de la Dolorosa...

Reina augusta,
más augusta por lo buena y lo piadosa:
yo venero el dejo triste
de tu cara melancólica,
y en tus sienes la corona del martirio,
¡que de Dios fué la corona !

VICENTE MEDINA.

Cartagena. España.



MIS VIGILIAS

Para APOLO.

Tarde vienes y menguada,
pobre luna, tarde vienes,
y tan triste y demacrada
te sostienes
en el azul silencioso
cual si esperaran tus sienes
para fallecer, un beso
de la bondad del Esposo.

Esperando tu regreso
va la noche de vencida,
con la noche va finida
mi esperanza... Tarde vienes
y tan triste y demacrada
que en la glacial madrugada
tus besos hielan mis sienes.

Tu suave lumbré indecisa
va en las ondas de la brisa

con moribundo albedrío...
Las sombras claman en vano,
luna, mi espíritu hermano
en la tristeza y el frío.

En la clara noche yerma
asomas cual una enferma
por un calado ajimez;
y á mi ser tu lumbré baja
como una eterna mortaja
de palidez.

Tarde vienes, mas no importa,
silenciosa compañera;
el amor creció en la espera,
la ilusión será más corta,
más hermosa la quimera.

LUIS TABLANCA.

Ocaña, Colombia.

(1) Del nuevo libro «Poesía», en prensa.



PÁGINA ARTÍSTICA

SACCAGI:
DANTE Y BEATRIZ

La hostia del ideal

Para APOLO.

Me esperaba su espíritu con las alas abiertas... Me esperaba para que vertiera en su alma, vaso de amarguras incurables el bálsamo dilecto del consuelo y de la esperanza.

Un lirio de carne puro é ingenuo herido al nacer por la ráfaga implacable y helada del dolor; un adolescente que al surgir en la senda de la vida cuando se tiene por alfombra un nevado florecimiento de rosas es súbitamente asfaltado desde las sombras por los «parthos» alevosos del ejército de la vida; un joven, un niño casi que en la alborada de su existencia vé cernirse en su cielo las mortajas tenebrosas y siniestras de sus padres muertos, y luego el desamparo, la miseria, la orfandad; á la edad en que todos sueñan primaveras interminables de dicha, mecidos en las ondas azules de la cisterna insondable del ensueño, lanzado á la vida como en un parramo ilimitado sin azules, sin auro-
ras y sin estrellas... Tal era la situación de Gualberto. —

Aquella noche le ví como siempre en su melancólica covacha de bohemio—soñador sobre una mesa tosca y raída. Como siempre le ví en la misma actitud de taciturnidad como aguardando siempre el advenimientos milagroso de la muerte... La esperaba anhelante. Vaciado su temperamento en los moldes caducos del viejo romanticismo, sólo pensaba en los crepúsculos pesimistas de Werter y en las noches, negras y frías de los Oberman y de los René. Su espíritu nunca esperó vislumbrar en una región dorada la encarnación de una luminosa idealidad, al contrario, Gualberto sólo esperaba la caricia de aquella visión funesta. Era un vencido

En el momento que le sorprendí en medio á la penumbra difusa de

su bohardilla con las manos apoyadas sobre las sienes en actitud de profunda taciturnidad pensativa, terminaba uno de los capítulos posteriores del libro íntimo de su vida en el cual fulguraba el gesto suicida del malogrado Werter Leyómele con voz temblorosa;

«Es la hora del crepúsculo, tristemente anunciadora, en que todas las cosas adquieren ese tinte indefinido de dolor, hora doliente y sugestiva, en que las amarguras del vivir asoman á la luz y se pierden con la caravana funeraria de los recuerdos! ¡Ni una dulce palabra de consuelo! ¡Ni una caricia salvadora! ¡Sólo en mi cuartujo soñoliento sueño con la frialdad amparadora de las tumbas! ¡Solo en mi cuartujo soñoliento sueño con la caricia interminable é insinuante de la muerte! Soy el último melancólico soñador!

Errante, vagabundo en el sendero difícil de la vida, no surge en mis recuerdos ni siquiera una auro-ra, ni siquiera una estrella, ni si quiera un rápido instante de placer! Solo estoy, y en la egoísta soledad de mi cuartujo sólo acierto á exclamar madre! y mi madre no viene, apenas me besó en la frente al nacer y desapareció como una sombra entre los cendales, de mi alborada!

Adiós miserable existencia «sólo te amé en el misterio de la muerte!»

Terminado que hubo la lectura de su página fui presa de un cúmulo de extrañas sensaciones —Me anonadó su intenso y extraviado sentimentalismo y sus desconuelos inauditos. — Y cuando al igual de esos heridos que desamparados en medio á los campos humeantes, de sangre en que há poco se ha librado una batalla, son inesperadamente auxiliados por una mano piadosa á la que confían sus heridas todas, mirándome fijamente abismóse en mi

mirada que como él decía reflejaba como un Leteo el azul, alegre siempre y siempre esplendoroso de los cielos! Y le hablé fraternalmente:

• ¡Oh desventurado amigo envuelto en las tinieblas de tu pasado y en sugeridas tinieblas sentimentales más lamentables aún que las de tu pasado individual, marchitose prematuramente la flor de tu juventud, y has penetrado en la región siempre triste... á veces desolada... casi nunca sonriente que se llama la vida!

¿No es posible que se esfumen los oscuros panoramas de tu pasado en el horizonte infinito de una primavera que desborde en tu corazón y en tu cerebro? Viviéndola apenas, has comprendido demasiada la vida. Yo te llevaré de la mano por la región dorada del Ideal. Yo te llevaré á soñar. ¡Yo te llevaré á llorar!

¿No conoces acaso los mágicos placeres de la ignorante juventud? «Lo mejor que tiene la vida es la idea que sugiere de algo que no hay en ella ha dicho el grande y querido maestro France. Es por esa región de las grandes ideas y de las «intangibles realidades» que te llevaré fraternalmente. Te enseñaré el «divino verso de la piedad» ¡oh pobre amigo! frente á los altares brumosos y remotos del misterio. ¡No ves, en torno, nuestra gran

madre Naturaleza como nos prodiga su abrazo siempre fecunda y desbordante y siempre generosa? ¿No sientes, en la brisa que pasa perfumes sutilísimos de amor y de belleza?

¿No parece que esas brisas que pulsen las liras de los árboles, y que esa armoniosa nocturnal trae remembranzas de épocas lejanas y felices? ¿No sientes en el alma la fresca y hermosa serenidad de las auroras y de los rocíos, mi buen amigo triste? ¿No has sentido nunca esos bellos reverdecerec interiores cuando las sonrientes infancias de las auroras despiertan limpidas y triunfales en los nuevos Orientes? Las auroras que cantan y que rien?..

Y esto no es sino una página, la página rosa de la juventud de la vida Placeres... «lágrimas de un inefable dolor». Casi siempre un sueño que desborda de esperanza y de fé.

Ven, amigo mío, yo te llevaré á soñar... y te llevaré á llorar al oasis azul del Ideal en que reposará la caravana fatigada de tus pesares..

Y Gualberto sonrió serenamente... con la sonrisa de las estrellas lejanas y vaticinadoras.

JOSÉ G. ANTUÑA.

Dbre. de 1906.

DE "LOS PARQUES ABANDONADOS"

Para APOLO.

La golondrina

Batiendo lindes y salvando zanjas,
inquietaba el amor nuestros latidos;
pañuelos charros de amarillas franjas
dijéranse los predios florecidos...

Tiñeron el azul desvanecidos
celajes rosas, lilas y naranjas
y collares de fósforo en fluidos
guiños relampaguearon en las granjas.

Pidiéndome que entrase — en tu querella
mi alma en tu alma y anidase en ella,
busqué en tu boca el oportuno acceso. .
y mi alma, — pájaro invisible cuya
gorgeante nota fuera un frágil beso, —
entró cantando al seno de la tuya !

Noeturno de Chopin

Todo era amor en el lozano ambiente ;
todo era fiesta en el galante prado,
y en un banco decrepito á tu lado,
yo sólo el mudo y tú la indiferente . .

A qué insistir ? — me dije obsesionado,
muerta de noche y sin color la frente :
A qué insistir ! — si esta mujer no siente,
si no sabe llorar, ni nunca ha amado ! . .

Soñó la orquesta en la *terrasse* contigua,
y todo se turbaba de una ambigua
pesadilla de Schúmann . . Entre tanto,

tu clara risa con que al cielo subes,
aparecía bajo un tul de llanto,
como un rayo de luna entre dos nubes ! . . .

Repereusión aciaga

Monologando en íntimo desdoble,
desplomóse tu frente entre la mano ;
la solariega ancianidad del roble
era testigo de mi mal lejano . . .

Subía la montaña, al són del doble,
la mancha oscura de un cortejo aldeano,
y junto al ataúd, aullando el noble
perro gemía con un llanto humano.

Fraternizando con tan honda nota,
ligónos una horrenda simpatía . . .
Por una breve inspiración remota,

el cisne del amor cantó aquel día,
y en el mismo pañuelo de agonía
fundimos nuestras almas, gota á gota ! . . .

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montevideo, « Torre de los Panoramas ».

JAVIER DE VIANA



Por tierra de arachanes

Para APOLO.

El día se apagó sin crepúsculo en la brusca zabullida del sol tras de la selva. Por breve tiempo, solemne obscuridad ocultó la grandeza abrumadora de aquel paisaje impregnado de recuerdos, de recuerdos ya

tristes, ya gloriosos; siempre gratos para quien ama la tierra donde se mecío su cuna y donde duermen los restos de sus padres. Luego, de pronto, — como si en esta maravillosa región todo obedeciera á má-

gicos mandatos, — la luna, una brillante luna triunfadora, rasgó la tela negra y apareció en mitad del cielo sembrando haces de luz blanca y suave sobre la adusta comarca

En el pequeño puerto, la barca permanecía inmóvil, como amarrada por los sauces y los sarandíes que extendían sobre el puerto sus ramas verdinegras. Entre la barca y la costa, había dos metros de agua turbia y quieta; más allá el laberinto obscuro de la selva. En cambio, del otro lado, en amplia extensión, la tersa superficie del río brillaba con reflejos azulados de mojana que flota al ras de la linfa en el bochorno del medio día estival. Después, en el lejano confluente de la ribera los grandes árboles se erguían rígidos y extraños proyectando fantásticas siluetas sobre el espejo etrusco de la admirable laguna. Y en medio de todo, entre la violenta oposición de luz y sombra, un silencio colosal, un silencio que impone, que ordena, que domina, que subyuga.

De pie, reclinado sobre la banda del barco, me disponía yo á seguir con íntima delectación de artista los caprichosos juegos de la luz, cuando en la quietud de aquella noche salvaje y bella como el indio que fué señor de mi tierra, me hicieron estremecer los dulces y quejumbrosos acordes de una guitarra. En seguida, una voz joven y armoniosa entonó sentidas estrofas que envueltas en las cadencias del criollo instrumento, echaron á rodar sobre las aguas y fueron á morir abrazadas á los «virarós», de las riberas á la manera de un salmo con que las estirpes nuevas rinden tributo á las estirpes muertas. Suaves y melancólicas las notas se desgranaban en el infinito silencio de la noche indígena, y parecían adquirir forma y color y andar errabundas sobre las aguas azules, cual si fuesen los misteriosos genios del bosque conceitados á una ronda de amor sobre la nácar del río, entre la guardia discreta de talas y coronillas, de molles y palmeras y bajo la mirada complaciente de la luna.

Y cuando la voz callaba y la mui-

sica concluía en un lamento armonioso, el eco propagaba en la distancia las sencillas armonías, que se infiltraban en la fronda, besando las lianas, acariciando los troncos centenarios, removiendo el montón amarillo de hojas muertas y haciendo estremecer la selva con el remedo de los ardientes aires ancestrales.

Después que la voz se hubo extinguido, cuando dejó de cantar la guitarra, quedó vibrando en el ambiente un rumor á la vez angustioso y tierno, un temblor de alas, un susurro de ramas. Luego, el silencio, el colosal silencio de la soledad semi-salvaje pesó abrumador sobre mi espíritu, demasiado pequeño para contener la grandeza soberbia del torrente y la límpida grandeza del cielo desde donde la luna blanca y solitaria, impasible y serena, lanzaba su mirada de luz suave, tierna, pura y amplia

Mi vista se tendía sobre la linfa tan clara, tan pura, tan brillante; y luego, abarcando el conjunto se extasiaba en la contemplación del maravilloso paisaje. A la popa del barco, amarrado por un cable invisible, está un bote que se balancea suavemente. Los remos tendidos, parecen las alas en reposo de una ave grande y luraña. Y las aguas, al pasar junto á los remos rizan un finísimo festón de espumas que le forman como blanco y suave plumón. Por él solamente se da uno cuenta de la movilidad de la anacarada serpiente; por él y por el gracioso balanceo, tan tenue que apenas se advierte de los voluptuosos camalotes acostados á la sombra de ramosos sarandíes. Y de este lado, mi espíritu presente la vida vigorosa, los canelones escauetos y soberbios como un gentil-hombre español, los coronillas cuyas ramas semejan los brazos nervudos de Milón de Crotona. Espinillos tortuosos, espinosos, sin tensión, sin altura, sin brillo, — héroes ignorados; — yathays colosales, cinco veces centenarios, cómputos por la edad y por la fuerza, por la robustez — y por la

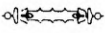
gracia; duro ñapindá de uña aguzada, resistente cipó, tierno clavel del aire y dulce sensitiva. Viva y salvaje muralla de árboles ásperos entrelazados por amorosas enredaderas; antros oscuros, estrechas sendas tortuosas, caminos sin aire, senderos sin luz, albergue de tigres en lo húmedo del bajo y abrigo de águilas en lo luminoso de la cumbre, .. yo ya sé lo que hay de este lado: la mejor selva salvaje de mi abuelo el arachán.

Del otro lado, en cambio, del otro lado, resplandeciente de luz, soberbiamente ataviado con los joyeles de plata de la luna, se alza toda una mole fantástica; recias murallas almenadas, altivos torreo-

nes feudales, domos majestuosos y audaces agujas de campanarios góticos: sombras imponentes de feroces bastillas y sombras reposadas, severas y serenas de catedrales medievales

En la contemplación de tanta maravilla, el espíritu, sin control y sin freno, se desboca y erra sin rumbo ¿Qué hay allá? ¿lo pasado? ¿lo presente? ¿lo futuro? ¿El perfume de las idas edades fenecidas? el color de las idas por venir? ... Yo cierro los ojos, pienso, siento y veo..., mi río, mi hermoso río Cebollatí; mi patria, mi raza, mi época. . La realidad, grande y prometedora está en prensa; no hay que soñar!

JAVIER DE VIANA.



Intermedio

Para APOLO.

¡La hora maravillosa de los cuentos de hadas!
El tiempo se detiene en el reloj parado.
Vivimos sin sentirnos vivir... Hemos quedado
con las manos unidas á otras manos amadas.

Las cosas en penumbra se borran esfumadas
bajo las grises nubes que el azul han borrado.
... Y nada recordamos de todo lo pasado ...
Las anteriores vidas han quedado olvidadas.

Como un divino cuerpo encubierto por velos
de una urdimbre sin hilo, se adivina la vida
por una vara mágica esta hora detenida
bajo el palor opaco de los velados cielos ...

Tembloroso en la estancia entra un rayo de sol ...
Ha pasado el encanto del cuento de Perrault.

FERNANDO FORTÚN.

Madrid.

Vida

Para APOLO.

La llama dorada de la lámpara suspira. Lanza torrentes de indecisa luz sobre las blancas esquelas,—camelias desfloradas,—que se desparraman sobre mi mesa, é irisando á un ramito de azules violetas que mi vecinita—una chiquilla de diez años que vive frente á mi bohardilla,—me ofrendó esta mañana, al dirigirse á la escuela, envuelta en su capita blanca de astrakan, tiritando de frío...

Es una muchachita alegre y bonita como una mariposilla. Yo la veo todos los días pasar frente á mi ventana, con su carita pálida bañada de sonrisas, sus grandes ojos negros sombreados por las pestañas onduladas, mirándome con cierta sonrisa injenua y pecadora. Me saluda con una reverencia de princesa, agitando su manita en el aire, como acariciando. Muchas veces he tenido impulsos locos de darla un beso; pero ella, como una coquetuela mujercilla, me mira sonriendo, provocándome á la distancia, saludándome desde lejos con su pañuelito blanco. Yo la miro alejarse, perdida ya entre el polvo del camino, y me quedo pensando... pensando... quién sabe en qué.

Esta mañana una espesa nube cubría el espacio, y desde lo alto caían gotas de lluvia fina. Mi vecinita pasó con sus ojos negros llorosos, húmedos y brillantes.

—¿Qué te pasa, queridita?—la interrogué.

—Mamá me castigó porque había prendido mis violetas aquí, en el pecho, como las señoritas. ¿sabe usted?—como las señoritas que se pasean en la Plaza.

Yo no pude menos de reirme. Tome un puñado de pastillas de mi escritorio, y se las pasé:

—Toma. No llores. ... Si aprendes la lección te regalaré un cucurucho de bombones con muñequillos de chocolate.... Pero no te pongas las

violetas ahí: las violetas son venenosas!

—Bien! me interrumpió dando un salto. Mas luego volvió á mirarme con sus provocativos ojos negros como extraños diamantes, y volvieron mis deseos locos de darla un beso.

—¿Quieres que te bese?

Y ella, lijera como una gacela, me arrojó las violetas á la boca:

—Toma, ¡atrevido!—A mí no me besan los hombres!..—y corrió hacia la escuela, riendo á carcajadas, mirándome desde lejos con su carita inundada de sonrisas y su boca llena de bombones...

..

La llama de oro de la lámpara suspira.

¡Qué tedio, Dios mío!—Me coloco el sobretodo y salgo á la calle. A poco, una monja de arcilla parecía desmoronarse, al chocar conmigo... Es un borracho que me grita injurias con su voz cascada de orgánillo viejo. ... Más allá, á la temblorosa luz de un mechero, una joven mujer da el pecho desnudo á su pequeño. Extiende á mi paso su mano enflaquecida, que en un tiempo quizás llevara sortijas, una flaca mano aristocrática y fina. Me da compasión, introduzco mi diestra en el bolsillo de mi chaleco, y lo encuentro vacío. Ni un céntimo!

Me inspiro desprecio yo mismo; Haber gastado el dinero en el club cabe el odioso mechero de la sala de «baccarat», cuando ahí, sobre el arroyo, una infeliz madre se muere de hambre y de frío!

Quiero acariciar al niño, movido de infinita piedad. Si no puedo darle unos cuantos céntimos para un mendrugo de pan, podré en cambio acariciar su rostro pálido y clorótico, desde el fondo de mi alma; Pero no. La pobre madre creyendo que voy á escarnecerla en su miseria,

se aleja de mí, y me muestra, como escudo, el aterido cuerpo de su hijo.

Aléjome en silencio. Siento amargura infinita. Vuelvo los ojos sobre aquella pobre mujer, que extiende aún en el implacable vacío su mano descarnada. Es un clérgo. Alto, arrogante, va dejando el fru-frú de su manteo que flota al viento, mientras él masculla entre dientes un misterioso rezo. Pasa. Silencioso, indiferente ante aquella pálida mujer que sigue implorando en vano la misericordia de los hombres....

¿No hay justicia para los pobres? Acaso las flores no tienen su efluvio para todos? El sol, el buen sol, ¿no desparrama su óleo fecundo sobre la inmensidad de la tierra? — me pregunto con angustia, mientras camino sin rumbo, con una intensa fiebre que me abrasa y que tortura mi corazón, mi pobre corazón.

Una oleada de luz desbórdase por los balcones de un palacio jónico. Sobre el mármol de la escala serpean los focos eléctricos. Y desde el interior, de una sala abrilantada por la luz que cae como un incendio sobre las cornisas de oro viejo, sobre las columnas y las estatuas de bronce vivo, se desbordan hacia la calle las notas de una orquesta, con epitalamios oprobiosos. Siento una cólera infinita ante este lujurioso esplendor, ante aquella calma arrullada por la cálida pedrería de las estufas. Alzo los puños vengativos, como á una señal de odio, pero... el piano derrama lejanas armonías, juguetonas y burlescas.

Y, al paso, inclinado por el peso de mi cruz, continúo mi camino; mi calvario

Y lejos, cansado, mis manos febriles, tocaron la baranda del puente del río... Corría el agua dispersándose en espesos oleajes, produciendo el ronco són de extraños clarines de batalla.

Parecían «hosannas» de titanes ignorados, en legiones innúmeras, lejanas, terriblemente vengadoras, sublimes y heroicas....

Oh! así, como esas lecciones innúmeras de titanes gloriosos que esti-

man el vitor ronco de la victoria, así vendrá también la lección inmensa de los Prometeos que romperán las cadenas oprobiosas alzando arriba, como un rojo símbolo, sus músculos cubiertos de heridas, como con rosas sangrientas!

¿Cómo caerían las pelucas blancas y como desgarraríanse las túnicas de las falsas vestales!

La muchedumbre febril, lanzando chispas por sus pupilas rencorosas, formando como un tempestuoso mar de cabelleras, derribando con su solo empuje esta vestuta pirámide, esta ignominiosa Bastilla de la desigualdad social!

Y las aguas siempre roncadas, parecían cantar las salmodias de la venganza con los clarines de sus olas tempestuosas, chocando — como un desfloramiento de perlas — contra las rocas del dique bambolean-te...

Aquellas aguas, ya quietas, ya soberbias, como un torbellino de voluptuosa desolación, parecían llamarme á consumir los instantes últimos de mi vida sin horizontes, sin estrellas, en un fondo de inexplicable grandeza.

La niebla se despejaba ya. El Santiago dormido, perezoso, se sumía en una diáfana claridad. El suelo, húmedo y brillante, semejaba una inmensa placa de extraño cristal negro

De lejos, venían los ecos de un organillo callejero, como un lamento de ultratumba...

Dios mío! — pensé —: Que sensaciones tiene el espíritu! — Pensar en morir cuando aun no empieza la batalla!

Y me encaminé á mi bohorda, silencioso, sombrío, pensando en el pasaje dantesco de la Vida.

Ya en mi cuarto, las violetas trajéronme en sus efluvios ráfagas de amorosa armonía.

Las blancas esquelas brillaban sobre mi mesa, como pétalos de albas camelias desflocadas por una tempestad.

LUIS ROBERTO BOZA

Santiago de Chile.

Moral y Arte

Para APOLO.

A Miguel Luis Rocuant.

El arte no moraliza, ni tiene la intención de moralizar.

Si se halla en los grandes maestros una poderosa virtud moralizadora, no es precisamente porque ellos hayan querido moralizar, sino porque sus almas, profundamente dominadas por la moral de su época, al difundirse en obras, tenían que mostrarse por completo.

Nada hay más ridículo que los artistas moralistas (frecuentemente estos incomparables ridículos no merecen el sagrado apelativo de artistas). Se puede leer la historia del arte, desde los primeros tiempos hasta hoy, y se encontrará que los geniales no han tenido nunca la enorme pretensión de hacer más buenos á los hombres. Todos los que han tenido esa pretensión ridícula (no me cansaré nunca de llamarla así) y deplorable, han fracasado y la posteridad se ha burlado de ellos con una estrepitosa carcajada cruel.

El arte y la moral marchan por muy distintos senderos. Si alguna vez suelen marchar de

brazo por un mismo ancho camino, es porque el azar, ese gran maligno sonriente, así lo quiere. El arte es eterno. La moral varía con los tiempos y, aun en un mismo tiempo, es distinta en cada país y en cada raza. El arte es inmutable; las diversas escue-

las no son sino diversas manifestaciones de arte; donde quiera que hay belleza hay arte, cualquiera que sea el modo de realizarla; porque el arte no es más que la realización de la belleza por el noble esfuerzo humano. (Sin este esfuerzo puede haber belleza, pero no arte. La naturaleza, aunque es bella no es artística). El arte es complejo y múltiple como las almas, como la vida. La moral se daña al to-

carla; y no porque sea una cosa más delicada que el arte sino porque es algo más convencional. Lo que es bello ahora, es bello siempre. En tanto que lo que hoy es una acción virtuosa, puede ser mañana un delito. No hay virtudes eternas. La fórmula ética que ha de regir eternamente las relaciones entre los



PEDRO SONDERÉGER

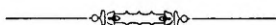
hombres no ha sido encontrada todavía. Los hombres, á medida que ampliamos nuestro criterio, á medida que nos hacemos mejores — y superarnos constantemente es la más vigorosa tendencia de nuestros espíritus, — vamos modificando nuestra opinión sobre las cosas.

El arte, repito, no quiere moralizar; su fin es muy distinto.

Su fin primero es hacer agradable la vida, derramar sus rosas de dicha sobre nuestras cabezas torturadas. Dije que este es su primero y agregaré que es su fin único. El arte quiere divertir antes que todo, sobre todo y después de todo. El arte es alegría.

PEDRO SONDERÉGER.

Chile, 1906.



Canción augusta

Para APOLLO.

À Salomé.

En tu imperial, magnífica autocracia
bajo el áureo esplendor de tus plafones,
en tu dorado ideal de aristocracia,
no impedirán que mi rebelde Acracia,
enlace mi inicial con tus blasones.

Lirio, santa azucena, hostia, estrella,
lo más blanco, lo más blanco que existe,
mujer de alma locamente bella,
deja que lllore sobre ti y sobre ella
el poema viril de mi alma triste.

Escucha esa canción. Es una hermana
de mis grandes dolores carmesíes,
que llega hasta tu alcoba de sultana,
como un serenata musulmana
llorando una agonía de zegríes.....

Flor nívea, flor de luz, flor de alabastro,
darte una alma genial fuera lo mismo,
que dar huellas perennes á mi rastro,
calor al hielo, sahumerio al astro,
y corazón magnífico al abismo.

Tú no puedes vivir sino como una
antigua imagen de Afrodita y Palas,
resplandeciendo en un claro de luna...
deja que bese así tu crencha bruna
y abra, después, sobre tu sien mis alas.

Oh mujer imperial que altiva pasas
ofendiendo mi orgullo con tus rasos;
carne sangrienta que temblando abrasas,
caigan mis versos sobre ti hechos brasas,
como flores de luz tras de tus pasos!

Trocaré por tus dijes mis cantares,
pondré en tu escorzo de alabastro fino,
la pompa de mis cánticos solares,
y la gloria de artísticos collares
traídos de mis grutas de Aladino...

Oh Augusta! Trovaré para que rías
la canción de mis sueños imperiales,
y rezaré tus santas letanías,
cuando viertan mi sangre tus gumías,
y degüellen mis versos tus puñales!...

No hay abismos que impidan que se abracen
mis lacayos de amor con tus vasallos,
hay un puente de ósculos: que pasen,
y nuestras voces juntas acompasen,
esa danza de esclavos y lacayos!

Ven... y que tus monárquicos delirios
impedirme no puedan que te quiera
aureolada de trágicos martirios.
— Sobre tu carne blanca hecha de lirios
crepusculizaré la Primavera!

JUAN JULIÁN LASTRA.

Buenos Aires.

Alma luz

Para APOLO.

Para Amalia Gómez

Hacia el ara del templo donde oficia
el ángel del amor
con su ofrenda acercóse una criatura
de rostro encantador.

Dos palomas, al verla, se agitaron
con extraña emoción,
es que alegre, la niña, como ofrenda,
llevaba su inocente corazón.

El incienso y la mirra perfumaron
aquel templo inmortal
al surgir la cadencia seductora
de una marcha nupcial

Se adormeció la niña y en sus labios
jugueteaban sonrisas de placer;
¿soñaba?—sí!—con ángeles del cielo!
¡soñar así, qué hermoso debe ser!

LUIS MARTÍNEZ MARCOS.

Santa Fé.



ALFREDO DE MUSSET

De Pérez y Curis

Al pueblo ante el vidente

Otra vez en la arena. Ya se ha erguido
Mi sáxco numen y me siento Harmodio;
El dolor de la gleba y el olvido
De los que sufren tanto han encendido
Mi verbo indócil de soberbia y odio.

Al gemir de las razas que se agitan
Avidas todas de piedad, levanto
La testa irreverente; aquí palpitan
Los rebeldes y allá las que se ahitan
Almas humildes de congoja y llanto.

Sobre los pueblos oprimidos pasa
Una nube de duelo hecha girones,
Y un viento extraño cuyo soplo abrasa
Los dolientes espíritus, arrasa
El florón de los grandes corazones.

Y triunfan los rebeldes. Ningún yugo
Puede hacer quebrantar en su garganta
La epopeya inmortal de Victor Hugo
Porque luchan con fe contra el verdugo
De todo el orbe que agoniza y canta.

Canta la imprecación de los que gimen
De la gleba en la Via-Scelerata.
Y de la muerte en el obscuro llueen;
Canta la Libertad, y asoma el crimen
Su hiperbólica faz que se dilata.

¡Oh, pueblo rojo! Levantad la frente.
Vuestro es el triunfo á trueque del eflicio;
¿Veis á aquél? Es el Verbo, es el Vidente,
El que le grita al bárbaro: ¡detente!
Y el que apura la hiel del sacrificio.

¡Oh, pueblo! Vuestra misera coyunda

Quedará en trizas al primer embate,
Cuando en la arena sus talones hunda
Aquel verbo de luz de la errabunda
Muechedumbre. ¡Id con él hacia el combate!

En un ciclo de sangre los histriones
Son los buitres que esperan la caída
Del corazón de vuestras rebeliones;
Tremolad vuestros rojos gonfalones.
Llevad, oh pueblo, la cabeza erguida.

El combate es un eco de la vida
Y la vida es un himno de pasiones.

Yo también, yo también voy agitando
El sangriento oriflama de mis sueños
Mientras miro pasar al miserando
Paria del arrabal; yo también ando
Por entre zarzas que parecen leños.

En mi senda de espinas alfombrada
No derraman los astros sus fulgores;
Fosca como una mar atormentada
Del invierno en la tarde abandonada,
Así es mi senda que jamás dio flores.

Hijos del arrabal triste y silente;
Sois mis hermanos en la lucha-idea;
Yo me plego á vosotros, y mi frente
Sangrando está como una rosa ardiente
Cuando luz meridiana la caldea.

Yo me plego á vosotros y prosigo
Mi inquietante labor de solitario;
Hijos del arrabal: venid conmigo;
Yo soy el proletario

Paisaje

(Oleo de D. Bazzurro).

Hay sauces á la vera de aquel paisaje,
Y una morada humilde como una ermita;
Sobre la tierra de ocre finge el bosqueaje
Palios de boj y arcadas de malaquita.

El sendero serpea donde el follaje
Proyectando penumbras se precipita,
Y un parral á manera de vasto encaje
Al frente de la humilde mansión se agita.

Son las cimas del cielo de azul oriente
Sutilizado y frágil y transparente;
Habla de las unciones primaverales

La ramazón que esfuma la lejanía,
Y en el ambiente pleno de oros astrales
Ríe y palpita el alma de Andalucía.

Elegia breve

I

Jamás romperé el encanto
De tus pasiones tardías;
Yo sé de las elegías
Desde que tus gracias canto;

Desde que abrió tu quebranto
Las ocultas llagas mías,
Y llorando me decías:
¿Por qué te haces querer tanto?

¡Oh, mi amada! Tu tristeza
Como un retoño gallardo
A desenvolverse empieza,

Si en ti mi pasión subsiste
Te quiero así, tierna y triste,
Taciturna como un bardo.

II

Ya sabes: yo soy un paria
Y a ti fatigado vengo;
Es el dolor mi abolengo
Y tú eres mi luminaria.

Dulce alondra solitaria,
Cuando trisas me detengo;
Yo he sufrido mucho y tengo
Mi lauro en una plegaria.

¿Quieres compartir conmigo
Tu desnudez y tu abrigo,
Verdad? Yo quiero que juntes

Al mío tu amargo llanto.
Pero nunca me preguntes:
¿Por qué te haces querer tanto?

Extasis

El enflorado patio simula una glorieta
Suntuosa; sus fragancias invaden el zaguán
Y tremen las begonias su púrpura coqueta
Cabe los heliotropos que floreciendo están.

Parejas de canarios musitan su indiscreta
Pasión bajo las luces que vienen y se van,
Y hablo a mi Bien-Amada que permanece inquieta:
Tu labio es una rosa febril de Golistán.

Silencian nuestras almas la erótica y divina
Reminiscencia de otro querer; el sol declina
Fastuoso como un mago de Ispahán ó de Estambul.

Y extática, la virgen, acrece mis delirios
Mirando como mueren en un jarrón tres lirios
Que se alzan en corimbo como una hortensia azul.

El clavel

I

En un vaso de Alhambra transparente,
Cabe una fresca margarita odora,
Abrió el albo clavel... Era la hora
De mi eximia neurosis de vidente.

Tembló sobre mi sien convaleciente
Mi fatigada mano, y la dolora
Leve y gris de mi psiquis soñadora
Harmonizó mi ensueño, tristemente.

Y pensé en ti, paloma de holocausto.
Las ojeras hondísimas; exhausto
El corazón; y el alma taciturna;

Y madrigalicé tu genio arpaado,
Magüer que, para mí, yacé encerrado
Tu corazón divino en una urna.

II

Llorando á solas levanté la testa;
Miré el clavel tremente todavía;
Me acerqué, y sobre su corola fría
Puse los labios con cariño.—Es ésta

Su ofrenda—dije—y la corola enhiesta
Como tu núbil seno, amada mía,
Me brindó toda, toda la ambrosia
De una mujer desnuda en la floresta.

Y abrí la puerta de mi alcoba; el viento
Acarició, como mi boca, el fausto
Del ungido clavel; lancé un lamento,

Y creí, que una dama taciturna:
Ananké, me ofrecía en holocausto
Tu corazón abierto en una urna.

De "Geometría Moral" (1)

FRAGMENTO

Si preguntamos qué cosa influye más favorablemente en las mujeres respecto de nosotros, no podremos sentar una regla general sin exponernos á un error grosero. El vulgo suele llamar destino esas conexiones misteriosas que aproximan dos almas por vías no conocidas y las unen con los lazos del amor; y el destino, cabalmente, es divinidad oculta que obra según una ley secreta, y cumple sus fines señalados en la órbita de la creación. El destino no es el genio del vulgo; es, al contrario, el símbolo de la filosofía, que ejerce su poder con voluntad inconstrastable, con mano irresistible, disfrazado de sombra, ó más bien de una nada que no está sujeta á la vista, al tacto ni al oído. Esclavos

del destino, su intención es ley para nosotros: severas sus órdenes, y las cumplimos; dura su voluntad, y no hay resistencia. Destino es hecho consumado, contra el cual ni protestamos ni nos rebelamos. Destino es providencia; destino es orden de Dios, y todo está dicho.

«Será mi destino», responde la niña apasionada, cuando su madre pone en su conocimiento la justa

pretensión del que la adora; «será mi destino»; y baja los ojos, confundida en delicada vergüenza. El destino está aquí supliendo al puro, dulce «sí»: el «sí», encarnación del amor, en cuyas entrañas cir-

cunscritas viene apiñada una vida entera, esto es, felicidad ó desgracia de muchos años. El «sí» es un resumen temible. «Hágase el mundo», dijo el Creador, y el mundo fué hecho: «Sí», responde una mujer, y su mundo está hecho: si bueno ó malo, si bañado en luz, ó revuelto en tinieblas, no lo sabe todavía. El «sí» es el destino y, cosa rara, el destino, que es ley ciega, inexorable, brota de la punta de la lengua mediante la voluntad bien consultada. «Será mi destino», dice la novia para dar á entender que se somete á una or-

den de la Providencia; y ella misma, en plena posesión de su juicio y su albedrío, ha formado su destino con una palabra de dos letras.

«Fué mi destino, exclama entre sollozos la esposa desgraciada; esto es, dije «sí», y me condené á las lágrimas; dije sí», y acepté maltratos, desprecios, insultos de parte de un hombre necio y grosero. dije «sí», y no me aterraron engaños,



(1) Ofrecemos á nuestros lectores un fragmento de la obra póstuma del ilustre escritor ecuatoriano Juan Montalvo. Dicha obra, además de ser interesantísima, es casi desconocida aquí. Por eso se leerá con agrado. N. de la R.

deslealtades, ausencias inicuas de un libertino; dije «sí», y no eché de ver el rostro sangriento de los celos, que con mirada agresiva me estaba amenazando; dije «sí», y no me retrajo el hombre con su semblante descarnado; dije «sí» y me veo sin fuerza debajo de este adorado peso de hijos perdidos, de hijas sin esperanza. » El «sí» le trajo en su seno diminuto á esa pobre mujer el mundo de padecimientos y dolores que no podrá echar á un lado, por más que se enderece y arroje gritos lastimeros. Fué su destino: la esencia del destino es matar, siendo contrario; dar vida y alegría, siendo propicio.

Esa muchachita cuyas mejillas están ardiendo en malicia de serafines, malicia que no es sino la inocencia apasionada; cuyos ojos son el prisma donde se están reflejando los triunfos y las felicidades del tiempo venidero; cuyos labios sirven de instrumento á la música del cielo, pues no es otra cosa que música del cielo el armonioso guirigay de una niña pura y tierna, música sin mesura, pero grata al oído; esos brazos descubiertos, cilindricos, blancos, donde la gordura reposa sin pecado; esa manecita que parece pinza viva de tomar flores del Paraíso; esa cabellera derramada por sobre los hombros en tirabuzones de oro; esos anillos de su propio pelo que le adornan la frente como rubias estrellas; esa garganta que semeja el torno encantado en el cual se han de labrar en otro tiempo los más expresivos y deliciosos suspiros; ese pecho donde la carne humana se está desarrollando al influjo de la voluptuosidad futura; esa pierna, gorda sin peligro, desnuda sin impudicia, á cuyo extremo el piecico, bien calzado, huella en gracioso menudeo los picaruelos genios del amor, que van saltando alegres y signiéndole; ese como ente divino, paloma en configuración humana, espíritu de Dios puesto á la vista en pura carne; ese extracto delicado de inteligencia y amor, fruto ha sido del fecundo «sí».

El sabio, el poeta, el héroe, todos le deben la vida al «sí»; al «sí» le debe el mundo sus héroes, sus poetas y sus sabios. El «no» es el reino de la nada, abismo que se está tragando esa gran parte del género humano que deja de nacer por falta de voluntad. El «no» es la muerte, vacío mezquino; la luz no halla elemento en sus espacios; ausencia egoísta, no contiene simiente de ningún linaje. El «sí» es vida, fuerza, poder; es el universo iluminado por la misericordia del Todopoderoso, que gira eternamente en la órbita de lo infinito, obedeciendo á la voluntad soberana, que es el inmenso «sí», figura del Creador. El sol es un «sí» resplandeciente; esa estrellita que está pestañeando en un descampado de la bóveda celeste, visible apenas, á causa de los millones de leguas que la separan de nosotros, es un «sí» remoto, confuso, pero grato á los oídos del espíritu; suspiro ahogado en un océano de alegría, ay! de felicidad incomprensible, suena y silencia, de modo que la oye y no la imaginación del filósofo que la contempla á porfía, rompiendo con la vista y el pensamiento las inmensidades que se dilatan alrededor, en círculo al cual no hay diámetro que alcance. Multiplicador sublime, el «sí» es origen y fuente de todo cuanto existe; el amor es un «sí» incrustado en el corazón; el placer es un «sí» echado al mundo en forma de atrevimiento; el deseo es el «sí» que sube á Dios y le alegra, en siendo legítimo y puro; cae, y se convierte en demonio, como el ángel maldito, en siendo bajo y sin fuero. «No», genio tenebroso, agente de la desesperación, yo te maldigo.

El sí es la línea recta de la Geometría Moral; de un punto á otro se va sin que nadie la contenga ni la entorte. Diámetro del universo, le sirve al propio tiempo de eje, sobre el cual está girando y consumando las operaciones que, en forma de leyes naturales, son la voluntad cumplida del Altísimo. El sí va rectamente de un amante al otro, pa-

sando sin torcedura por el sagrado tropezón que llamamos matrimonio. El *si* de la madre es alegría para la hija; á los ruegos empapados en lágrimas de la una, la otra responde un *si* endulzado con inefable sonrisa; á la pretensión del joven, pretensión tanto cuanto atrevida, el viejo consiente en un ligero menoscabo de sus derechos, é iluminando su fosca sonrisa con un destello de amor, profiere el *si*, fuente de gozo. Entre el hijo y el padre, la hija y la madre, hay una línea recta que, entrándose por sus extremos en los corazones, une las almas y reduce á una persona moral los dos cuerpos distintos; el *si* es un dios propicio, en cuyo alegre pecho hierve una luz de

mil colores. El *no*... Animal ciego, *no*, pesado topo, tú no vives; sin luz no hay vida, y tú eres la noche del lenguaje humano, discordancia mezuquina de voluntades. El *no* es una curva llena de quiebro; por esta línea fementida no podemos salir á ninguna parte. Cuando, á pesar suyo, nos metemos por sus dominios, todo es obscuro y cerrado. La ignorancia es un *no* rústico; la avaricia, un *no* sórdido vestido de andrajos. El hambre misma es negación desesperada; y la muerte, un *no* espantoso que ciega y aturde al mundo con su obscuridad y su silencio

.

JUAN MONTALVO.

La Paleta

à Julio Herrera y Reissig.

Para Apolo.

Dios le ha dado su forma peregrina
y la esmaltan de espléndidos colores
iris bellos, crepúsculos y albores:
todo lo que los cielos ilumina.

Ya pide al rosicler su gama fina;
ya finge un cráter de encendidas flores;
ya para los artísticos primores
sombras y luces con amor combina.

Ya invita á los románticos pinceles
del color con la nota más brillante;
ya le da la pasión tonos crueles...

Por eso, toda azul es la mañana;
fúlgida y áurea la ilusión triunfante;
roja ó sombría la pasión humana.

HORACIO F. RODRÍGUEZ.

Santa Fe.

Los Sátiros

Para APOLO.

I

Entre el follaje verde, cerca de una laguna,
Brincan los viejos faunos morenos y robustos;
Cogen las flores tiernas, coleópteros y arbustos
Y, voluptuosamente, duermen bajo la Luna.

Sileno, Mársyas, Hermes y el romanesco Pan,
— Todos los cabri-hombres de la mitología —
Viven entre la fronda de la campiña umbría
Cual perros inconscientes, engendros de Satán.

Sus bucólicos ritos y danzas besti-humanas
Convocan á las ninfas de carnes generosas,
Y mondan, coronados de racimos y rosas,
Del Eden primitivo las cárdenas manzanas.

Las ninfas poco á poco les han perdido el miedo
Y festejan los brincos de sus patas velludas;
Ellos las ven, sombríos; ellas se acercan, mudas,
Magníficas de audacia — pobres ingenuas! — quedo...

II

Verlaine, el de las « fiestas galantes », el esteta
De cuerpo hecho girones y espíritu exquisito,
Fué felice cual fauno, fué felice y maldito,
Y triste, horriblemente..., triste como poeta.

Sus satíricos raptos y su pérfida audacia
Compensaron mil noches largas y dolorosas:
Le fué amarga la Vida, pero las frescas rosas
Un pétalo tuvieron para cada desgracia.

Verlaine, el gran poeta de PARIS, pobre viejo
Lastimado en su carne lamentable y salvaje
Se embriagó de deleites, tendido en el bosque,
Y era feliz de fauno, feliz como un conejo.

III

Me repugnan los faunos, símbolos de impudicia,
Escarnio del poeta, del amor, roña humana;

Pero la vida, hermanos, la vida cotidiana
Es ebria de pesares, de vicio, de injusticia ;

Y perdonar debemos los blancos trovadores
Que aspiramos las raras esencias exquisitas
A esos monstruos eternos que ríen nuestras cuitas
Y nos roban el polen de las fragantes flores.

Ellos son los felices. Sólo vive la bestia
En sus cuerpos tostados, morenos y robustos ;
Se alimentan de yerbas, coleópteros y arbustos
Y son con las mujeres de una rara modestia.

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

Buenos Aires, 1907.



I. RODRÍGUEZ MARTÍN

El sadismo y el masoquismo

En tanto que en el hombre es posible señalar una tendencia á causar dolor, ó á gozar ante el simulacro del dolor en la mujer que ama, aun es más fácil comprobar en el sexo débil cierto goce cuando existe el mal trato por parte del amante, y una disposición á someterse al capricho del hombre. Semejante tendencia es perfectamente normal. Abandonarse al amante, poder confiar en sus fuerzas físicas ó en sus recursos imaginativos, perder la personalidad y la voluntad en beneficio del ser amado, sentirse deliciosamente sobyugada al más fuerte, todo esto constituye la aspiración corriente de toda muchacha, y el tema sobre que se bordan sus sueños de amor.

En aquellas edades en que se vivía más libremente, cuando las emociones eran expresadas sin velos pudorosos, podíase descubrir con mayor facilidad ese impulso. Por ejemplo, en el siglo VIII, la poetisa francesa María de Francia, mujer de sentimientos delicados y cuyas obras eran patrimonio de las más altas clases sociales, calificaba de hombre perfecto, inteligente y cortés á cierto caballero que había forzado á una dama cuyos favores venía persiguiendo en vano. Añadía la poetisa que el violador había conquistado por ese procedimiento el cariño de la dama violentada.

Otro ejemplo de la fascinación que ejerce la fuerza sobre la mujer, nos la ofrecen las salvajes bellezas de Nueva Caledonia, quienes hacen todo lo posible pa-

ra determinar las violencias de sus galanteadores.

En «La gitana española», de Middleton, encontramos una nueva demostración de lo dicho anteriormente, y el caso de la violada que ama luego á su forzador constituye un episodio de cierta novela ejemplar de Cervantes.

Fácil es hallar en literatura otros ejemplos de la expresada tendencia, aunque algo más atenuados. Shakespeare, á cuyo espíritu de observación ha escapado muy poco, y que, por caso raro, describió contadas veces la pasión amorosa de la mujer madura, pone en boca de Cleopatra la frase siguiente: «El abrazo de la muerte es como el pellizco de un amante. Tanto hace padecer uno como el otro, pero ambos son apetecidos».

Contemplando una señora el cuadro de Rubens «El rapto de las Sabinas», exclamó: «Sin duda á aquellas mujeres les debió gustar mucho ser así robadas». Esto demuestra que semejante método de hacer el amor no chocaba con los sentimientos de la admiradora del cuadro. Y aun es probable que la mayoría de las mujeres se hicieran solidarias de la referida observación.

Pudiera argüirse que el dolor no puede dar nunca placer, y que cuando lo que llamamos dolor es experimentado como placer, no debe considerarse cual un sufrimiento. A esto diré que el estado emocional es frecuentemente algo complejo. Ocuere, además, que las mujeres no coinciden, ni mucho menos, en la exposición de sus sentimientos.

Es digno de notar, sin embargo,

que aun cuando sea negado el deleite del dolor amoroso, aun hay quien admite que en determinadas circunstancias el sufrimiento ó la idea del sufrimiento resultan placenteros.

Una señora me ha escrito á este propósito lo que á continuación transcribo:

«Respecto al dolor físico, no niego que en teoría sea atractivo, excitante si se quiere. Pero la realidad es cosa muy distinta, á mi juicio. Yo puedo decir que el dolor más insignificante anula en mí el placer de un modo radical. Esto lo experimenté durante un mes seguido después de casarme y continué experimentándolo Siempre que el placer ha ido asociado con el dolor, he gozado muy poco.

Admito que cuando hay carencia de sensibilidad, hasta el punto de que el dulce beso ó la suave caricia no producen goce, puedan dearse procedimientos amorosos, más brutales. Más, en tales casos, lo que constituiría valor para una persona sensible, para la que no lo es resultará una excitación placentera, no debiendo inferirse de ello que tales individuos groseros amen al dolor, aunque así lo parezca. Yo puedo creer que nadie goce con lo que le hace sufrir, á menos que ello sirva para distraer la atención. Declaro no haber oído decir jamás á ninguna de mis amigas que les gustaba que las hicieran sufrir.

En lo que no cabe duda es en la tendencia casi general de los hombres á causar dolor. Tan solo he tratado á uno ajeno á ella. Al mismo tiempo es curioso observar que á la mayoría de los hombres les repugne poner en práctica sus ideas en la materia. He oído decir á un amigo de mi marido que su mayor placer consiste en imaginar escenas de dolor femenino, á pesar de lo cuál le es imposible pegar ni hacer sufrir á ninguna mujer, aun cuando éstas le inciten á maltratarlas.

Ocúrreseme pensar á este propósito, que quizá se toma la inclinación de la mujer á someterse al do-

lor por placer efectivo. Yo insisto en que si aman las mujeres la idea del sufrimiento, obedece á que ese sufrimiento implica la sujeción al hombre, derivado del hecho de que el placer físico ha de ser necesariamente precedido de la sumisión de la voluntad femenina á la masculina»

La misma comunicante me decía en otra carta de fecha posterior, ampliando y modificando un poco sus primitivas declaraciones:

«No creo del todo exacto lo expuesto á ustedes en otra ocasión. El dolor efectivo no me produce goce, y en cambio la idea de sufrimiento me hace disfrutar, si este padecer es infligido por vía de corrección y para bien de la persona que lo experimenta. Esta condición es esencial. Por ejemplo: una vez leía yo un poema de diablos y condenados. Estos decían que sólo se recibían buenos cuando experimentaban las torturas infernales, debido á que, mientras sufrían la acción purificadora de las llamas, reconocían la belleza de la santidad. Entonces se resignaban gustosos á su sufrir y bendecían al Señor por lo justo de su sentencia.

Pues bien; ese poema me produjo un verdadero goce físico, y, sin embargo, yo sé que, de haber metido la mano en el fuego durante cinco minutos, hubiese experimentado el dolor de la quemadura.

Para conseguir la remoción de placer me veo obligada, por ahora, á volver á mis antiguas creencias religiosas y á admitir que el mero sufrimiento tiene una influencia elevadora. Sí; las emociones pueden ser grandemente modificadas por las creencias.

Cuando yo tenía quince años inventé un juego, muy del agrado de una hermanita mía, consistente en suponerse ambas sometidas á un proceso de disciplina y preparación, con objeto de ganar la gloria eterna. Tanto una como otra nos considerábamos ya muertas é íbamos pasando sucesivamente bajo la tutela de diferentes ángeles, denominados con arreglo á

las virtudes que estaban llamados á inculcar. El último de los ángeles era el del Amor, quien gobernaba solamente por razón de la cualidad cuyo nombre llevaba

En los grados inferiores éramos dirigidos por un ángel llamado Severidad, el que nos preparaba, por medio de prácticas austeras y con sujeción á mandatos arbitrarios, á la consecución de las virtudes más excelsas. Consistían nuestros deberes en vigilar el tiempo, en pintar la salida y la puesta del sol, etc., ejercitándonos en la paciencia y sumisión mediante trabajos ininterrumpidos.

Producíanos placer físico inventar y contarnos mutuamente las penalidades del día, aunque nos guardábamos bien de confesar ese goce. Que mi hermana lo experimentaba, probábase el gusto con que aceptaba el juego y la afición que fué cobrándole.

Yo disfrutaba mucho imaginando ver el ángel é infligiendo el dolor con arreglo á las condiciones antedichas.

Hoy me ocurre sentir goce fingiéndome que soy un hombre y que impongo á una mujer severas medidas para educarla.

En resumen: me hace disfrutar el pensamiento de una mujer sometándose al dolor y á las penalidades impuestas por el hombre que ama, siempre que se llenen las siguientes condiciones: 1.^a La mujer debe estar segura en absoluto del amor del hombre. 2.^a La mujer debe tener plena confianza en el juicio del hombre. 3.^a El dolor debe ser infligido deliberadamente, no de un modo accidental. 4.^a El sufrimiento ha de ser producido amablemente y para mejorar á la mujer, no por virtud de la ira ó con el propósito vengativo, pues en este caso quedaría destruido el ideal que la mujer tiene del hombre. 5.^a El dolor no debe ser excesivo, sino lo que se llama «dolor de niño»; no estará, pues, vulgarmente determinado por heridas, mutilaciones, etc. 6.^a La mujer debe estar segura de su in-

fluencia sobre el hombre. Esto por lo que respecta á la teoría.

Añadiré ahora que como la combinación de todas esas condiciones jamás me ha producido dolor, no puedo asegurar si experimentaría placer infligiéndome un sufrimiento real.»

Otra comunicante se expresa así:

«Convengo en que la idea del sufrimiento puede ser placentera, siempre que vaya asociada con un pensamiento utilitario. Por experiencia propia declaro que *eso* (el coito) resulta molesto en los primeros momentos, aunque luego me sea fácil y agradable. El daño inicial no tiene, en verdad, nada de terrible. Así y todo, es fastidioso, si sólo es seguido de unos minutos de placer, de un placer, después de todo, bien efímero. No sé lo que le ocurrirá á las demás mujeres. De mí sé decir que, para gozar, necesito que ello se prolongue bastante tiempo.

En cuanto á si me gusta sufrir, confieso que no, si bien tolero perfectamente el dolor de cualquier clase que sea. Me seducen la virilidad y la fuerza, porque á mí, como á todas las hembras, nos tocan ser pasivas en amor. No me ha sido posible comprobar si el dolor mata inmediatamente al placer.»

Para terminar, una señora me asegura, acerca de este punto, que goza imaginándose sufrimientos, pero que de haber sido ellos reales, no hubiese disfrutado.

De todo lo expuesto puede deducirse que, con mayor ó menor fuerza, la idea ó la realidad del sufrimiento en las emociones sexuales son admitidas por la mujer, con tal que ese elemento de dolor sea pequeño y subordinado al placer subsiguiente. A menos que el coito sea un placer fundamental, el elemento de dolor habría de ser necesariamente sufrimiento no aplacado, por lo que no se debe considerar normal el deseo de sufrimiento divorciado de un mayor goce subsiguiente.

HAVELOCK ELLIS.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Mirim (*Rapsodia Romántica*), POR FEDERICO GIRALDI. Montevideo Hemos recibido esta nueva obra lujosamente editada por los reputados talleres *El Arte*, de O. M. Bertani.

Es un hermoso poemita escrito en versos vivos é impregnados de una gracia y una fluidez maravillosas. Federico Giraldi no parece un iniciado en los rituales del Arte. El giro breve y alado de su estrofa



SERGIO MEDINA

modernizada, llena de imágenes regias que hacen pensar en un orfebre del verso, pulcro y sensible, el ritmo, y, la estructura misma de sus versos, poseídos de un alma armónica que llora y sueña evitando tergiversar su modalidad íntima, hablan con mucha elocuencia de un poeta de alto vuelo que esquiva todas las rutas ya recorridas por los soñadores de hoy. «*Mirim*» es de los pocos libros que en otro ambiente bastarían para consagrar á un poeta. Hay en él mucho arte y

mucho sentimiento. El endecasílabo, el verso armonioso por excelencia, aparece allí dulce, flexible y vigoroso á la vez. Pero, lo que más debe admirarse en el poemita de Giraldi, es esa comunión de la forma y de la esencia de la estrofa. La una es el complemento de la otra. He ahí la verdadera labor del poeta moderno.

Felicitamos al nuevo poeta y agradecemos el ejemplar que se nos ha enviado.

Desde los Andes, POR

LISÍMACO CHAVARRÍA. — SAN JOSÉ DE COSTA RICA. — Es una hermosa colección de poesías seleccionadas escritas con sumo gusto y llenas de pensamientos originales. Lisímaco Chavarría maneja todas las formas con una sencillez y una serenidad admirables; no es el bardo monócorde que canta siempre dentro de una sola forma; es un poeta complejo.

La poesía «El Arte», favorecida con el primer premio en un certamen literario propuesto por el «Club Costa Rica», es, a todas luces, hermosa. Lo mismo decimos de «Los bueyes tardes», «El Sol», y de la serie titulada «Perlas grises».

Nuestras felicitaciones al poeta, y con ellas, nuestro agradecimiento por el ejemplar que nos ha enviado.

Vargas Vila

Este ilustre escritor y querido amigo nos ha enviado recientemente desde su residencia actual en «Villa Ibis» (Málaga), su último retrato, con el que ornamos una de nuestras páginas.

Pérez y Chris agradece íntimamente al exquisito autor de «Ibis» su magnífico obsequio, así como la dedicatoria concebida en términos altamente cariñosos.

Nuestro éxito

Ha sido completo. De todas partes nos han llegado colaboraciones firmadas por escritores de fibra. APOLO agradece esos envíos.

A última hora hemos recibido fotografías y originales de Villaspesa, Valle-Inclán, Isaac Muñoz, Juan R. Jiménez, Alfredo Blanco, Juan Pujol, Alfredo Gómez Jalme, Julio Florez, Fernando Fortún, Leonardo Sherif y otros, que publicaremos en los próximos números por estar éste completo. ¿Qué dirán ahora los detractores de APOLO? ¿Se abre paso ó no?

Una coincidencia

En mi poesía «El Aguila» publicada en el almanaque Germen de 1908, hay una estrofa que tiene un gran parecido con otra de «La Atlántida» del poeta Olegario Andrade. Ante todo, debo declarar que jamás he leído á aquel poeta; que sé de su vuelo altísimo por reflejo de algunos escritores que lo han juzgado; y que, si no fuera por un amigo íntimo, tal coincidencia, que mucho me enorgullece, hubiera pasado desapercibida para mí.

Dice Olegario Andrade:

«...Y las negras pirámides distantes
Que á la luz del crepúsculo parecen

Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes».

Digo yo:

«¡Esos Andes! ¡Pirámides extrañas!
Que con su larga fila de montañas,
Sus cerros y volcanes,
Simulan ser, cuando la tarde cierra,
Gigantes carpas del vivac de guerra
De un ejército enorme de titanes».

Como se vé la idea es la misma. Por eso, y porque yo desconozco la obra del cantor de «La Atlántida», me enorgullezco, y como única justificación, dejo aquí constancia de la coincidencia señalada.

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Libros y folletos enviados por sus autores al Director de «Apolo» durante los años de 1906 y 1907

De la Argentina

ATALIVA HERRERA: «Mis Noches» — Córdoba.

ALBERTO GHIRALDO: «Carne Dolierte» — Buenos Aires.

SUX Y CHILOTEGUI: «De luz y de hierro» — Buenos Aires.

ALEJANDRO SUX: «De mi yunque» — Buenos Aires.

J. MARTÍN BERNAL: «Pensamientos» — Buenos Aires.

MANUEL GÁLVEZ: «El enigma interior» — Buenos Aires.

ENRIQUE J. BANCHS: «Las Barcas» — Buenos Aires.

De Bolivia

E. DIEZ DE MEDINA: «Bagatelas» — La Paz.

ROSENDO VILLALOBOS: «Hacia el olvido» — La Paz.

De Colombia

A. LEÓN GÓMEZ: «Secretos del Panóptico» — Bogotá.

A. LEÓN GÓMEZ: «El Soldado» — Bogotá.

A. LEÓN GÓMEZ: «Sin Nombre» — Bogotá.

A. LEÓN GÓMEZ: «Prescripciones y términos legales» — Bogotá.

E. Y A. LEÓN GÓMEZ: «Poesías» — Bogotá.

M. MORENO ALBA: «Lienzos» — Barranquilla.

RICARDO ARENALES: «Campaña Florida» — Barranquilla.

ALFREDO GÓMEZ JAIME: «Irma» — Bogotá.

De Costa Rica

E. CARRASQUILLA MALLARINO: «Mujeres de Costa Rica» — San José.

DANIEL UREÑA: «María del Rosario» — San José.

RAFAEL ÁNGEL TROYO: «Topacios» — San José.

JOAQUÍN ARCINIEGAS: «El Alma de la América Latina» (prospecto) — San José.

LISÍMACO CHAVARRÍA: «Desde los Andes» — San José.

De Chile

LUIS ROBERTO BOZA: «Rosas de Pasión» — Santiago.

MIGUEL LUIS ROCUANT: «Poemas» — Santiago.

L. E. CHACÓN LORCA: «Hojas Dispersas» — Santiago.

De Cuba

MAX HENRÍQUEZ UREÑA: «Whistler y Rodin» — Habana.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: «Ensayos Críticos» — Habana.

JUAN GUERRA NÚÑEZ: «Væ Soli» — Habana.

Del Ecuador

G. ZALDUMBRIDE: «De Ariel» — Quito.

De España

MANUEL UGARTE: «Cuentos de la Pampa» — Madrid.

MANUEL UGARTE: «El Arte y la Democracia» — Valencia.

MANUEL UGARTE: «Enfermedades Sociales» — Barcelona.

AMADO NERVO: «Almas que pasan» — Madrid.

AMADO NERVO: «Un Sueño» — Madrid.

F. VILLAESPESA: «Tristitiaæ Rerum» — Madrid.

E. DIEZ CANEDO: «Versos de las Horas» — Madrid.

D'AYOT: «Morirse joven» — Madrid.

M. MACHADO: «Alma», «Museo», «Los Cantares» — Madrid.

ISAAC MUÑOZ: «Voluptuosidad» — Madrid.

VICENTE MEDINA: «La canción de la vida» — Cartagena.

VICENTE MEDINA: «La canción de la muerte» — Cartagena.

A. GÓMEZ JAIME: «Rimas del Trópico» — Madrid.

TULIO M. CESTERO: «Citerea» — Madrid.

De Francia

E. GÓMEZ CARRILLO: «De Marsella á Tokio» París.

E. GÓMEZ CARRILLO: «El Alma Japonesa» — París.

MANUEL UGARTE: «La joven literatura hispano-americana» — París.

VARGAS VILA: «Prosas Laudes» — París.

Del Perú

ABELARDO M. GAMARRA: «Algo del Perú y mucho de Pelagatos» — Lima.

De Puerto Rico

JOSÉ DE DIEGO: «Pomarrosas» — San Juan.

Del Uruguay

O. FERNÁNDEZ RÍOS: «Sueños de media noche» — Montevideo.

ACOSTA Y LARA Y MONEGAL: «Mujeres Hermanas» — Melo.

P. MINELLI GONZÁLEZ: «Mujeres flacas» — Montevideo.

P. MINELLI GONZÁLEZ: «El Alma del Rapsoda» — Montevideo.

G. ARRONGA CIGANDA: «Tupambaé» — San José.

M. MEDINA BETANCORT «Cuen-

tos al Corazón» — Montevideo.

R. MARTÍNEZ QUILES: «Alma de Acero» — Montevideo.

HORACIO O. MALDONADO: «Cabeza de oro» — Montevideo.

NORBERTO ESTRADA: «Gente de letras de mi país» — Montevideo.

ÁNGEL FALCO: «¡Ave, Francia!» — Montevideo.

ÁNGEL FALCO: «Garibaldi» — Montevideo.

P. LÓPEZ CAMPAÑA: «Fanfarria de Prejuicios» — Montevideo.

EMILIO FRUGONI: «El Eterno Cantar» — Montevideo.

O. MORATORIO: «Luces Pálidas» — Montevideo.

J. J. ILLA MORENO: «Rubies y Amatistas» — Montevideo.

J. G. BERTOTTO: «Juicio literario» — Montevideo.

J. RODRÍGUEZ MARTÍN: «Alma Trágica».

De Venezuela

LUIS CORREA: «Alba Lírica» — Caracas.

M. LAVADO ISAVA: «Mortaja de Gloria» — La Victoria.

Ganje de ((Apolo)) durante los años de 1906 y 1907

«La Voz del Perú», Iquique (Chile); «El Moderado», Matanzas, Cuba; «Caras y Caretas», Buenos Aires; «La Prensa», Medellín (Colombia); «Revista Crítica», Veracruz (México); «Letras», Habana; «La Quincena», Salvador; «El Heraldo del Istmo», Panamá; Monos y Monadas, Lima; «Páginas Intelectuales», Iquique; «Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria», Quito; «El Fanal», Matanzas; «Elitros», Maracaibo (Venezuela); «Alpha», San Salvador; «Le Courrier Européen», París; «El Fígaro», Habana; «América», Habana; «Naturaleza», Montevideo; «Nueva Vida», San Salvador; «Germen», Buenos Aires; «El Artista», Bogotá;

«Trofeos», Bogotá; «Integridad», Lima; «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica; «Nuevos Ritos», Panamá; «Revista Ilustrada», El Paso — Texas; «Labor», Buenos Aires; «El Diluvio», Barcelona; «Fémina», Santiago de Cuba; «Letras», Buenos Aires; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Mes Literario», Coro (Venezuela); «Guayaquil Artístico», Guayaquil; «El Anunciador Costarricense», San José de Costa Rica; «Archivos de Psiquiatría y Criminología», Buenos Aires; «Diario Oficial», San Salvador; «Tepic Literario», Tepic (México); «Alpa Ilustrada», San Salvador; «La República de las Letras», Madrid;

« Nueva Era », Mendoza; « Verdad », Santiago de Chile; « Líneas », Cartagena (Colombia); « La República », Barranquilla; « Revista de Guadalajara », Guadalajara (México); « Zig-Zag », Santiago de Chile; « Vida Intelectual », San Salvador; « Chic », Guantánamo (Cuba); « Sur América », Bogotá; « La Nueva Revista », Buenos Aires; « Revista Latina », Madrid; « El Cojo Ilustrado »,

Caracas; « Tropical », Ibagué (Colombia); « El Iris », Villa del Cerro; « El Deber Cívico », Melo; « Verdad », Montevideo; « El Orden », Minas; « El Obrero », Rocha; « El Civismo », Rocha; « Ecos del Progreso », Salto; « Vida Nueva », Florida; « El Heraldito », Maldonado; « La Tribuna Libertaria », Montevideo; « En Marcha », Montevideo.

NOTAS

Nuestra carátula de hoy es un trabajo en tricromía ejecutado magistralmente en los talleres « El Arte » de Orsini M. Bertani, que es hoy el editor obligado de nuestros escritores de más renombre. Ella es reproducción de un hermoso óleo del conocido artista Gutiérrez Rivera.

Felicitamos al compañero Bertani por su exquisito trabajo que nada tiene que envidiar á los hechos en los talleres europeos, y agradecemosle, al mismo tiempo, el concurso prestado al APOLO al llegar éste al tercer año de vida.

* *

Nuestras sinceras felicitaciones á los señores Fillat y C.^a, por los hermosos fotgrabados que han hecho para el presente número de APOLO. Ellos dan una idea exacta del grado de perfección á que ha llegado en nuestro país el arte del fotgrabado.

CON MOTIVO DE “RIPIOS POLÍTICOS”

Publicamos á continuación las palabras que á nuestro director dedicó « La Tribuna Libertaria », órgano del Centro Internacional de Estudios Sociales, con motivo de transcribir en su número 6 el artículo de Pérez y Curis: « Ripios Políticos » publicado en el número 9 de « Apolo ».

No hacemos ningún comentario porque muy pocos ignoran que « Apolo » no es una empresa comercial. Además la labor intelectual de Pérez y Curis es bastante conocida, como asimismo su actitud inequívoca y hostil frente á los tiranos que azotan la espalda del pueblo.

Hé aquí dichas palabras:

¡ Bravo, poeta, bravo !

Lo que gustosos transcribimos, pertenece al bardo Pérez y Curis, director de la revista local « Apolo », de esa revista que hasta ayer parecía destinada á servir de « bálsamo calmante » á más de una histérica burguesita, y que hoy, desafiando

intereses de mostrador, cobardes prejuicios y estúpidos convencionalismos, propios en otras publicaciones similares, DA LA NOTA MÁS HERMOSA entre todos los periódicos que, no obstante blasonar sus redactores de rebeldes, no han tenido siquiera una frase de protesta contra el inicuo y criminal atentado que llevara á cabo la cafrería policial que tiene á su frente al maestro albañil Guillermo West, contra los concurrentes al último mitin de protesta realizado en el Centro Internacional.

Leed, ¡ oh rebeldes á « uso vuestro », leed al poeta que dejó de acudir á la cita al pie de la ventana para salir á la palestra á fustigar tiranos y á daros de paso, una lección de varonil rebeldía.

"LA NACIONAL"

Gran Fábrica de Vidrios

DE

Piantelli, Salas y C.^a

SUCESORES DE AGUSTÍN PIANTELLI

Especialidad en toda clase de artículos de vidrio, para Médicos como ser:

Varillas ofstánicas — Cánulas en general, etc.

Se atienden de campaña toda clase de pedidos del ramo

Calle Santa Fe número 13

Frente a la Usina de la Luz Eléctrica

MONTEVIDEO

Imprenta - - - - -

- - - - - "LA RURAL"

DE

EDUARDO RAMOS

CALLE FLORIDA 84 Y 92^a

Toda clase de trabajos tipográficos: tarjetas, notas, revistas, diarios, etc.

APOLO se imprime en este acreditado establecimiento.

Florida 84 y 92^a

Teléfono «La Uruguaya», 369

MONTEVIDEO

SOMBRERERIA

Y CAMISERIA

DE

LUIS SAÚL MAGGI

438-Avenida 18 de Julio-438



Surtido de sombreros de todas clases, camisas, camisetas, calzoncillos, medias, cuellos, puños, etc



Casa especial en corbatas

Se tiñen y limpian sombreros

SOMBRERERIA JOCKEY . . . CLUB

Argerio y Lena

SE HACEN SOMBREROS DE MEDIDA



GRAN VARIEDAD EN ARTÍCULOS

- PARA HOMBRES, RECIBIDOS -

- DIRECTAMENTE POR LA CASA -

PRECIOS MODICOS

- Avenida 18 de Julio, 360 -

(PRENTE Á LA CONFITERÍA AMERICANA)

MONTEVIDEO.

EL ATENEO

LIBRERIA Y PAPELERIA

DE

Alberto A. González



IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN,

TALLER DE RAYADOS,

FÁBRICA DE LIBROS

EN BLANCO, ETC.

ÚTILES DE ESCRITORIO

Y

LIBROS ESCOLARES

FABRICACIÓN DE SOBRES



Avenida 18 de Julio, N.º 749

Montevideo

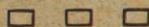
GRAN
CAFÉ

POLO BAMBA

DE

Severino San Román

(Emperador de los Cafeteros)



Unica casa de confianza donde
se prepara el café á conciencia.

El más acreditado por gente de
exquisito paladar.

No tiene ni puede tener rival en
la región del Plata.



Plaza Independencia, 37

Y CIUDADELA NÚMEROS 137 Y 139

MONTEVIDEO

Vistas Estereoscópicas = y Aparatos Esteoroscopos =



Preciosas vistas de las más hermosas poblaciones del mundo, de las más bellas obras de arquitectura y escultura, de los mejores museos, y de infinitos otros asuntos. En negro, colores transparentes, sobre vidrio, etc. Todas de gran relieve y admirable naturalidad.



Librería Vázquez Cores

Avenida 18 de Julio, 36 y 38

Talleres de =
Fotografía y =
Fotograbados

DE

Fillat y Cia

CALLE

Convención, 152

(ALTOS)

Entre 18 de Julio y Colonia

TELÉFONO:

COOPERATIVA 719

Colegio
Internacional

Fundado en 1875

Director: J. TOUYA

Calle

Uruguay, 62

Montevideo.

Se admiten jóvenes que cursen sus estudios en la Universidad, ofreciéndoles el Establecimiento las mismas comodidades que a los alumnos internos.

El idioma oficial del colegio es el francés -

Por programas, reglamentos y demás datos, dirigirse a la Dirección del Establecimiento.

Estudio Fotográfico

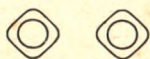
Bellini y Abó

18 de Julio, 346

ENTRE CUAREIM Y YI

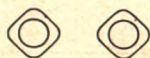
Especialidad en cualquier clase de trabajo.

ZAPATERÍA



GRAN

**CASA
ROSSI**



389,

18 DE JULIO